

Introducción

Con la impresión de este primer Cuaderno sobre el tema Socialismo, desde Escuela Nacional Ernesto Jaimovich y la Secretaria de Formación de la MEN, damos comienzo a lo que pretendemos sea una importante serie de Cuadernos de Formación, en los que abarcando diversos temas, iremos reproduciendo una serie de artículos de distintos autores identificados con un pensamiento progresista, y en muchos casos explícitamente vinculados con un pensamiento Socialista.

Para éste primer Cuaderno hemos realizado una selección de artículos que nos hablan de los nuevos desafíos que debe abordar el pensamiento Socialista. La totalidad de los mismos han sido escritos simultáneamente o después del derrumbe de los regímenes comunistas de Europa Central y Oriental, que la historia ha simbolizado con la caída del Muro de Berlín. Todos parten de la necesidad de una nueva definición de objetivos para el socialismo democrático, ante el nuevo contexto internacional marcado por el fin de la Guerra Fría. Algunos fueron escritos en la inmediatez de los acontecimientos, otros con la mayor perspectiva que da el paso de una década.

Ha sido nuestra preocupación, la que mantendremos a lo largo de esta serie, de combinar artículos escritos por autores argentinos y latinoamericanos, con aquellos procedentes de otras latitudes, en su mayoría de Europa. Estamos persuadidos que cada realidad tiene sus características y por ende sus prioridades, las que influyen en diverso, grado a la hora de volcar un pensamiento o de realizar una propuesta.

El primer artículo titulado el “Futuro del Socialismo Democrático”, fue escrito por el líder de la Socialdemocracia Alemana y ex Presidente de la Internacional Socialista, el compañero Willy Brandt. El texto formó parte de una serie editada por la Fundación Sistema, cercana al Partido Socialista Obrero Español, denominada El Socialismo del Futuro, cuyo primer número fue editado a principios del '90.

“1917 y América Latina”, fue una ponencia preparada para un encuentro realizado en París, en abril de 1990, por José Aricó. Intelectual argentino, quien realizó numerosas traducciones de obras de Gramsci al español, fue el director de la colección Cuadernos de Pasado y Presente y fundador en nuestro país del Centro de Cultura Socialista, junto a Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Teniendo en consideración una acertada propuesta de la comisión de Mujer de nuestro partido, hemos incluido un artículo de la española Carmen Martínez Ten que aborda la historia de los movimientos feministas y su convergencia con los principios y valores Socialistas, en la búsqueda de una mayor igualdad. Este artículo, como el anterior, han sido tomados de sendos números de la revista Leviatán, que edita la Fundación Pablo Iglesias, que lleva el nombre de quien fuera el fundador del PSOE.

Consideramos ineludible incluir en éste primer Cuaderno sobre Socialismo, la visión y el pensamiento que quien fuera el alma mater del Socialismo Popular, nuestro querido compañero Guillermo. Reproducimos aquí una de sus últimas conferencias sobre el Socialismo en Argentina, que brindara a las compañeras y compañeros participantes

del primer seminario, que organizó la Escuela de Formación de la Federación de Santa Fe. La claridad de conceptos que caracterizó a Guillermo, constituyen un importante aporte a la reflexión que intentamos promover a través de la lectura de estos Cuadernos.

Nuestra Internacional Socialista, realizó su último Congreso Mundial en la Ciudad de París en noviembre de 1999. En el XXI Congreso asumió la responsabilidad de presidir nuestra internacional, el actual Primer Ministro de Portugal, el compañero Antonio Guterrez. Nos pareció oportuno incluir su discurso de asunción, que nos brinda una pauta de cuales son los lineamientos que guiarán su y el de la Internacional Socialista accionar en los próximos años.

Por último, hemos incluido un artículo del sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón, sobre las perspectivas que a su juicio se abren para el Socialismo con motivo del cambio de Siglo. La inclusión de este trabajo abre en cierto modo un lugar, a la tradición intelectual de la sociología latinoamericana y en particular la del Socialismo chileno.

Todos los artículos que componen este Cuaderno, y también los que integren los siguientes, estarán a disposición a posteriori de su publicación en la pagina web de nuestro partido. Pensamos que de esta forma, podremos organizar una suerte de biblioteca virtual que podrá ser consultada por todos nuestros afiliados y demás interesados. La dirección de nuestra página web es www.psp.org.ar.

Esperamos que ésta serie Cuadernos, se constituyan en un material de trabajo para promover la reflexión y el debate sereno, sobre los distintos temas que iremos abordando. Quizás pueden ser también, un motivo para promover el encuentro alrededor de una mesa de estudio, de compañeras y compañeros interesados en profundizar el análisis, en aumentar su comprensión de fenómenos políticos, sociales y económicos cada vez más complejos y en mejorar su propia formación. Hasta el próximo Cuaderno.

*Los Editores
Junio de 2001*

Editorial

Rubén Giustiniani,

Secretario General del PARTIDO SOCIALISTA POPULAR

Karl LIEBKNECHT en su trilogía expresaba “Estudiar, organizar, difundir”, síntesis que el Partido Socialista Popular, desde antes de su fundación –a través del Movimiento Nacional Reformista-, rescató para la estructuración de una fuerza socialista, de mayorías, que aportara en Argentina al logro de la libertad, la justicia y la solidaridad.

La Escuela de Formación Política “Ernesto Jaimovich”, junto a la Secretaría de Formación de la Mesa Ejecutiva Nacional del Partido, inician con esta publicación una serie de Cuadernillos que tienen como objetivo incentivar y desarrollar la lectura y la capacitación de dirigentes, afiliados y simpatizantes del socialismo.

Hoy, más que nunca, en los tiempos de la globalización, se abren tanto infinitas posibilidades a la información y al conocimiento, como a la homogeneización cultural y al analfabetismo conceptual, producto de una sociedad de masas y de consumo que aliena al hombre.

La política se ve afectada así en el desarrollo de la vida democrática por dos aspectos concurrentes que profundizan su crisis de credibilidad y legitimidad ante la sociedad: la imposición del “pensamiento único” y la práctica casi excluyente de la relación partidos políticos – sociedad a través de los medios de comunicación.

Daniel García Delgado en su libro “Estado - Nación y Globalización”, señala que se hace necesario distinguir globalización como proceso y como ideología: “como proceso, porque efectivamente se trata de una serie de tendencias y nuevas realidades promovidas por el cambio de las condiciones materiales de una nueva fase capitalista, como lo fuera anteriormente el capitalismo comercial o el derivado de la revolución industrial. Como ideología, porque forma parte de una interpretación de la misma que busca asimilarse a modernización e identificar sus requerimientos con las orientaciones y valores del capitalismo salvaje. De realizar una lectura donde cualquier intento de regulación aparece como retrógrado, dirigista y volcado hacia el pasado, mientras que toda apertura o liberalización, aparece como sinónimo de modernización y de orientación hacia el futuro. La globalización se constituye así en una ideología que justifica el “único camino” que busca una suerte de autonomización del capitalismo y del mercado, respecto de todo constreñimiento social o político. Donde se instala la globalización como discurso homogeneizante, presentándose a sí misma no solo como única posibilidad sino como la mejor”.

Giovanni Sartori en su libro “La sociedad teledirigida” dice: “Los medios de comunicación crean la necesidad de que haya fuertes personalidades con lenguajes ambiguos, que permiten a cada grupo buscar en ellos, lo que quieren encontrar. La video política reduce el peso y la esencialidad de los partidos. El llamado partido de peso ya no es indispensable, el partido ligero es suficiente....Mientras la realidad se complica y las complejidades aumentan vertiginosamente, las mentes se simplifican...Se ha creado el pensamiento insípido, un clima cultural de confusión mental y crecientes ejércitos de nulos mentales. El post-pensamiento triunfa, la

ignorancia casi se ha convertido en una virtud, como si se restableciera a un ser primigenio, incontaminado e incorrupto; y con el mismo criterio la incongruencia y el apocamiento mental se interpretan como una sensibilidad superior”.

La formación y la capacitación tienen entonces la importancia de encontrar respuestas alternativas a los problemas del presente en materia económica, política o institucional y a la vez ir progresando colectivamente en una mayor conciencia social y cultural.

Ernesto Jaimovich sostenía que la verdadera batalla del socialismo es una batalla cultural, porque las transformaciones positivas a lo largo de la historia se dieron sólo cuando una mayoría de la población abrazó las ideas del progreso. Carlos Marx en el Prólogo a la “Crítica de la Economía Política”, escribió: “La humanidad no se plantea nunca sino los problemas que ella puede resolver, pues mirando más de cerca, se descubrirá siempre que el problema mismo sólo se presenta cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o al menos están a punto de desaparecer”.

El socialismo desde sus inicios vinculó estrechamente teoría y práctica. Nació en Argentina a finales del Siglo XIX capacitando y organizando la esperanza de aquellos trabajadores, discutiendo los problemas de la acción. El socialismo ajustaba en el curso de aquellas interrogaciones iniciales, sus objetivos, sus miras y el sentido de sus marchas.

Dardo Cúneo en su libro “Juan B. Justo y las luchas sociales en Argentina” cita claramente al fundador del Partido Socialista: “Nos alejamos así de las fórmulas simples, de las doctrinas esquemáticas, y vamos desarrollando un método popular de acción histórica, tan vasto y complejo como lo exijan las circunstancias. El problema del socialismo no es en este país ni en otro alguno, poner en práctica un plan concluido y perfecto de organización social. Aquí y en todas partes, el socialismo es este problema infinitamente más vulgar y por eso mismo más trascendente: ¿cuáles son las formas de actividad industrial y colectiva que han de elevar el desarrollo físico e intelectual de la población?”.

La búsqueda de esa síntesis permanente de teoría y práctica, tuvimos la maravillosa posibilidad de verificarla en el maestro de varias generaciones recientes de socialistas: Guillermo Estévez Boero. Él, sembró en la misma dirección de los grandes: Juan B. Justo, José Ingenieros, Alfredo Palacios y Alicia Moreau de Justo.

Nuestra presencia y desarrollo, y el de las generaciones futuras, darán testimonio de si en Argentina es posible reconstruir un gran Partido Socialista que contribuya al logro de una Nación independiente y solidaria.

Esta publicación y las que sobrevendrán, en la medida que lleguen a miles de manos de jóvenes, de estudiantes y trabajadores, de profesionales y docentes, en definitiva de mujeres y de hombres de todo el país, aportarán en un sentido correcto a la trilogía “estudiar, organizar y difundir”, para concretar los valores históricos del socialismo : igualdad, justicia y libertad.

Buenos Aires, mayo de 2001.-

El Futuro del Socialismo Democrático

Willy Brandt.

Ante las conmociones que caracterizan el tránsito a la última década del presente siglo -especialmente en la zona de Europa gobernada hasta ahora por el comunismo-, nadie pondrá en duda que el Socialismo Democrático, tanto como idea como en la práctica política, ya tiene una larga historia. Tanto es así que, a fines de los años ochenta, varios partidos del Socialismo -o de la Socialdemocracia, como tradicionalmente nos denominamos en Europa Central y Escandinavia- en Europa podían cifrar en cien o incluso ciento veinticinco años su labor en aras de la libertad política y la libertad social. La Internacional Socialista rememora también en el verano de 1989 su fundación en París hacía cien años.

En el camino recorrido no ha habido tan sólo éxitos y logros imborrables, sino también trágicos errores de cálculo y agotadoras escisiones. Así el peligro fascista (y el de sus garras de conquista) a menudo no se tomó lo suficientemente en serio. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, al igual que ocurriera tras la primera, los partidos demócratas socialistas y socialdemócratas tuvieron un papel de extraordinaria relevancia en la reconstrucción de numerosos países. La comunidad internacional de estos partidos y movimientos se extendió más allá de las fronteras de Europa, con más mucha fuerza que antaño.

La crisis post-estalinista en los países con gobierno comunistas dio la razón a aquellos que, desde posiciones democrático-socialista, habían señalado no sólo diferencias de grado, sino también en los principios. Incluso en las esferas dirigentes de aquellos que se habían considerado muy por encima, comenzaron a observarse aproximaciones a posiciones "reformistas". Se modificaron también los nombres de los partidos -aunque, por supuesto, su contenido seguía siendo más importante que su etiquetado.

El hecho es que se vuelve a plantear la cuestión del futuro del Socialismo Democrático. Un renombrado liberal considera llegado el momento de proclamar el fin del siglo Socialdemócrata; porque su misión -en los países industrializados- está cumplida con el establecimiento de la democracia y el Estado social. El ocaso de los dioses del comunismo soviéticos, los peligros ecológicos de una autodestrucción de la humanidad, unidos a la creciente miseria en amplias zonas del tercer mundo, han hecho nacer la duda en algunas personas cuyo propósito era trabajar por un futuro socialista. Las ideas que durante más de un siglo habían prometido la curación de la sociedad de sus peores males aparecían prácticamente superadas a los ojos de no pocos.

Y al mismo tiempo es evidente que los nuevos desafíos exigen nuevas respuestas. Tras una década de debate autocrítico y trabajo constructivo, una serie de países ofrecen respuestas preliminares, cuando menos viables. Así el congreso de la Internacional Socialista celebrado en Estocolmo en junio de 1989 aprobó, tras largas deliberaciones, una nueva declaración de principios que ofrece una visión realista sobre un mundo en paz, justo, democrático e intacto en sus fundamentos naturales.

Como es evidente el debate seguirá. Pero con esta nueva declaración de principios, los socialistas democráticos han reivindicado sin lugar a dudas su derecho a intervenir en la configuración del siglo XXI.

Paralelamente al desarrollo de las tareas para la elaboración de la nueva declaración de principios de la Internacional Socialista, muchos partidos miembros debaten en profundidad sus nuevos programas de principios. Por mucho que se modifiquen ahora y en un futuro las condiciones y vías de renovación políticas, las coordenadas básicas deberían seguir siendo válidas: las aspiraciones del Socialismo Democrático son la justicia social y la total democratización de la sociedad, así como el establecimiento de un *régimen económico* efectivo sobre la base del respeto absoluto de los derechos humanos, en el marco de una inviolable constitucionalidad: aspira a una sociedad de libertad e igualdad.

A la hora de definir sus valores fundamentales, los socialistas democráticos han optado por caminos diversos. Son valores cuyo origen se remonta a las experiencias del movimiento obrero, a los movimientos de liberación nacional, a la tradición cultural de ayuda y solidaridad mutua en muchas partes del mundo. Además, existe también una inspiración derivada de las distintas tradiciones religiosas y humanistas. Más allá de las diferencias culturales e ideológicas, los socialistas se aúnan en una idea de sociedad mundial en paz y democracia, que vincula libertad y justicia con solidaridad.

Nuevas reflexiones sobre el progreso

¿Existe algo que pueda prometer progreso en un mundo dominado por la incesante destrucción de la naturaleza, el derroche de recursos, por el vertiginoso desarrollo tecnológico y, en fin, por los arsenales de armas que amenazan la existencia? Desde el comienzo de la nueva era, el proceso de la historia está orientado al permanente progreso. Esta evidencia, no cuestionada a lo largo de todo un siglo, fue compartida por socialistas democráticos y liberales durante mucho tiempo, y en determinadas épocas por conservadores "modernos" -y también, evidentemente, por no pocos de los que se decantaron por alguna de las ofertas comunistas-. Condorcet, el relevante filósofo del progreso de la época de la Revolución Francesa, auguraba poco después de 1789 que la dinámica de la historia consiste en una evolución necesaria y tendiente al aumento de la libertad, la felicidad, la armonía, el bienestar y la capacidad humana de someter definitivamente a la terca naturaleza. Esta idea mereció un profundo acuerdo desde que las corrientes políticas básicas se organizaron en partidos. La controversia surgió, sin embargo, con respecto a la cuestión, ciertamente no banal, de cómo acelerar con mayor eficacia dicha evolución y de cual era la forma de aprovecharla con mayor justicia. Los temas claves de esta polémica histórica eran el alcance social de los principios democráticos, los efectos de distribución y participación en la exigencia de justicia y la cuestión de las condiciones económicas, sociales y políticas reales de la verdadera libertad.

En esta polémica con otras fuerzas políticas, el socialismo democrático puede presentar un balance de considerable éxito, aun cuando quede bastante rezagado con respecto a lo que originariamente se esperaba. En los países con fuertes partidos

socialdemócratas o socialistas resulta imposible negar que se ha progresado hacia una mayor democracia, más seguridades y más libertad social.

Pero las posibilidades, el ideal y las condiciones de lo que tradicionalmente se venía denominando "progreso" han sufrido profunda modificaciones -convirtiéndose a su vez en objeto de controversia política. El progreso -en las áreas técnicas, económicas y social - y la política social no se limitan a estar cada vez con mayor frecuencia en competencia, sino incluso en oposición. Así, los nuevos avances técnicos se consideran progreso en sí mismo. Y no obstante suelen revelarse como un riesgo para la viabilidad de la naturaleza, para la garantía de la vida social y para que las libertades individuales y colectivas tengan su oportunidad.

Esto nos obliga a retomar la reflexión de lo que queremos decir cuando hablamos de progreso. Este concepto no puede dejarse en manos de aquellos que se sirven de él para adornar una política carente de una relación lo suficientemente estrecha con la libertad, ni con las seguridades sociales. Pero la simple e incluso obstinada persistencia en lo que durante más de un siglo se ha entendido y defendido como este concepto-guía, no nos acerca más a nuestro objetivo. Antes bien -en palabras de Jean Jaurés en los umbrales del siglo XX-, como tradición del socialismo democrático debemos preservar las llamas y no las cenizas. Es decir, aventurarnos a realizar una nueva reflexión radical, para poder mostrar cuáles son los ideales que conservan su validez y en qué puntos debe modificarse el rumbo para poder conquistar la meta.

Desafíos que plantean las nuevas técnicas

Por primera vez en su historia, la humanidad dispone de extraordinarias tecnologías que le confieren la capacidad de amenazar de muerte la existencia de la especie y sus fundamentos naturales. El sentido de la responsabilidad exige un nuevo examen de lo que se debe modificar en nuestra actuación, para evitar que, jugando imprudentemente, perdamos para nosotros mismos y para las futuras generaciones la posibilidad de disfrutar de una vida segura y autorregulada.

La existencia de sistemas de armas químicas, biológicas y atómicas, cada vez más horribles para la destrucción en masa, se ha convertido en una grave amenaza para el conjunto de la vida humana sobre la tierra. Sus efectos potenciales no conocen límites. Estos sistemas armamentísticos conllevan, debido a sus características técnicas, el peligro de una activación involuntaria, dado que sus sistemas de información están automatizados. Y entrañan también el peligro de una utilización basada en un cálculo pseudorracional de victorias, puesto que su precisión permite aparecer como posibles las sorpresas que podrían asegurar la victoria del contrario.

La reconfortante distensión que parecen experimentar las relaciones entre las potencias nucleares mundiales -y en general entre el Este y el Oeste- no altera el hecho de que las armas, dado su enorme consumo de recursos, cuya necesidad resulta absolutamente urgente para la garantía de la vida, constituyen una permanente amenaza para la vida y la dignidad del hombre en numerosas áreas del mundo. Este riesgo debe desterrarse mediante una política realista y firme, tendiente a garantizar la

paz. El socialismo democrático como movimiento histórico del internacionalismo, promueve a nivel mundial una política de seguridad *común*. Nosotros luchamos con firmeza para que la paz se garantice mediante el incremento de la cooperación internacional.

Y por otra parte, por primera vez en su historia, el hombre dispone de técnicas civiles que le confieren poder para dañar de forma permanente los fundamentos naturales de la vida. Son perjuicios incompatibles con las leyes de los ciclos naturales de la naturaleza : llenamos el aire, el agua y la tierra de productos derivados de nuestra civilización científico-técnica, poniendo en riesgo la capacidad de reproducción del medio ambiente natural. La contradicción entre aquello que podemos lograr desde el punto de vista técnico y la certeza de las consecuencias que infligimos con ello a la naturaleza se ha agudizado notablemente desde la revolución científico-técnica del siglo XVIII. Al fin y al cabo se trata de armonizar los medios técnicos empleados para el dominio de la naturaleza con nuestra responsabilidad con respecto a las generaciones venideras.

Sin embargo, la renuncia al progreso técnico no nos acercaría a este objetivo; tan solo sería señal de una situación negativa. Lo que precisamos son procedimientos y productos más inteligentes y menos perjudiciales desde el punto de vista ecológico. El socialismo democrático de los próximos años debe constituirse en defensor de un desarrollo profundo - coordinado mundialmente - y duradero.

La dignidad del hombre, su derecho a la propia individualidad y autodeterminación, siempre se mencionaron al hablar de la idea-guía del socialismo democrático. Una técnica abandonada a sí misma, que pudiera disponer de la esencia del hombre, restaría terreno a su dignidad. Los riesgos de la técnica genética son el más alarmante ejemplo de cómo la técnica más avanzada adquiere característica política. Lo mismo puede decirse de la energía atómica, de las nuevas técnicas de comunicación o sistemas de producción. Debido a que sus riesgos afectan a todos, la decisión sobre las alternativas debe tomarse también en el marco de declaraciones políticas de principios.

Un proyecto político fundamental de futuro debería por lo tanto ser el desarrollo de objetivos y procedimientos para una estructura técnica democrática. No se trata en absoluto de poner obstáculos a aquello que augura progreso. Se trata más bien de que las decisiones sobre el futuro del mundo del trabajo y la vida no se tomen tan sólo en laboratorios y reuniones de altos dirigentes.

El desafío de la economía mundial

Por primera vez en la historia podemos hablar de una verdadera globalización del tráfico y de las telecomunicaciones, de las relaciones económicas y de los flujos de dinero y capital. Nunca anteriormente el desarrollo económico en un extremo del mundo ha tenido efectos tan directos y persistentes sobre el resto del planeta. De esta manera, los elevados intereses en los centros financieros agudizan la crisis del endeudamiento. Las exorbitantes obligaciones de amortización y la fuga del capital

son la causa del bloqueo del desarrollo -con graves consecuencias sociales, ecológicas y políticas: cada vez son más las personas que se ven oprimidas en la economía de la pobreza del sector informal, al tiempo que la necesidad y la miseria acelera la explotación exhaustiva de la naturaleza. Y las crecientes tensiones sociales ponen en peligro una democracia, cuya conquista por reglas generales es muy reciente.

En los mercados mundiales sigue produciéndose entretanto una despiadada lucha por la obtención de ventajas con respecto a la competencia. Los países pobres no crecen o incluso muchos países africanos retroceden sin esperanza alguna. La reconversión estructural es un reto en todas partes, y en no pocos casos significa adaptación a menos. En los países industrializados de la Europa Occidental, los costos de la reconversión estructural son el desempleo masivo de larga duración y la tensión social, causada por la nueva exigencia de movilidad y flexibilización. Vuelve a extenderse la mentalidad de la ley del más fuerte y los rudos métodos del capitalismo manchesterianos, que se creían superados hace tiempo. Fascinados por el crecimiento económico en Asia Oriental, algunos conservadores "*modernizadores*" pretenden restar peso al Estado Social. Pero contra sus esfuerzos por implantar un thatcherismo a nivel mundial se opondrán las fuerzas del socialismo democrático, que los superarán.

Es preciso reconocer que las formaciones políticas (y sindicales), cuyo nacimiento se debe a la lucha contra los abusos del capitalismo, se ocuparon más de la distribución de las rentas del capital que de su gestión. Resulta imposible dejar al margen las polémicas con respecto a lo exigible (o lo meramente necesario) desde el punto de vista económico-político. A esto se añadió además la experiencia de las crisis producidas por el desmoronamiento de las denominadas economías estatales socialistas en la Unión Soviética y en los países afines. Las diferencias existentes entre el Socialismo Democrático y el Colectivismo Autoritario se hicieron patentes, y no solo en aspectos parciales, sino en su totalidad.

Estamos a favor de la competencia económica, pero en contra de una ciega adoración del mercado en general y del mercado mundial en particular. Dado nuestro deseo de intervenir políticamente en las leyes del mercado -en el sentido de la responsabilidad pública-, debemos abogar por una estrecha cooperación internacional. Las opciones individuales conducen a un callejón sin salida, pues las disposiciones nacionales pueden ser obviadas por las empresas y los bancos que operan a nivel internacional. La profundización de la comunidad europea en temas sociales y ecológicos constituye un proyecto de colaboración global a nivel regional digno de ser imitado. Para que la regionalización no produzca la no deseada formación de bloques y guerras de trincheras proteccionistas, debe existir una preocupación por los acuerdos interregionales.

Nadie duda ya que una industrialización desenfrenada ocasiona daños globales, y no solo en el medio ambiente. Sin embargo, en muchos lugares los omnipresentes peligros para el medio ambiente han contribuido a un radical cambio de conciencia. Que los riesgos no respetan las fronteras del sistemas, lo han demostrado las nubes de radiación de Chernobyl. Que el consumo de los recursos en los estados

industrializados originan catástrofes globales en el medio ambiente, lo hemos sabido ya antes del descubrimiento de que el agujero de ozono se seguía abriendo. Poco a poco se toma conciencia de que la destrucción global del medio ambiente se ve acelerada en gran medida por el subdesarrollo. En el informe de la Comisión Brundtland de las Naciones Unidas ha incidido sobre todo en las circunstancias globales. En relación con ello, la Internacional Socialista ha presentado en Estocolmo su estrategia sobre seguridad ecológica. Ya se habría avanzado mucho si se "pensara a nivel global y se actuara a nivel local en forma razonable". Las sociedades industrializadas poseen los medios financieros y las posibilidades técnicas para acometer las transformaciones ecológicas. Debería resultar posible despertar las suficientes voluntades políticas como para contener los intereses económicos a corto plazo. Los problemas globales del medio ambiente no se solucionan únicamente porque los países industrializados, tanto en el Este como en el Oeste, reduzcan sus riesgos domésticos. Es preciso acometer acciones globales.

Si se sabe que la pobreza cotidiana obliga a millones de personas a la explotación exhaustiva de la naturaleza, es obligatorio contribuir a que en el sur de este planeta sea posible progresar respetando la dignidad del hombre y el medio ambiente. Nada se logra con denunciar el avance de los desiertos y manifestar preocupación por los riesgos climáticos que entrañan la destrucción de la selva tropical. Si se desea salvar la naturaleza, hay que estar asimismo dispuesto a modificar las estrategias de desarrollo a nivel mundial. En este punto, los socialistas democráticos tienen un importante papel que jugar.

Construir el futuro

Las nuevas amenazas abren también excepcionales oportunidades de colaborar, de reunir fuerzas y de superar la opresión, las carencias y las grandes desigualdades.

El socialismo democrático del futuro debe aprovechar estas oportunidades. La tendencia a largo plazo de mundialización de la política exige una nueva concepción del internacionalismo, también por parte de los partidos socialistas-democráticos. Hemos estado y seguimos estando en contra de que otros decidan por uno mismo, a favor de la responsabilidad propia y de las decisiones tomadas en común -en particular con respecto a la cooperación internacional. Al mismo tiempo, para la Internacional Socialista la compleja independencia de los partidos miembros fue siempre un principio superior sobre el que no cabría disposición alguna. Esto debe permanecer así. No obstante, deberemos ocuparnos de intensificar esta colaboración, pues el planteamiento común de los problemas, cada vez más habitual, exige reacciones políticas concertadas. La formación del consenso no es siempre sencilla -ni tan siquiera en un grupo como la fracción socialista del parlamento europeo. Sin embargo, el avance a nivel internacional es posible si los intereses particulares se limitan de forma consciente. Y resulta urgente, porque en muchas áreas existen fuerzas, e incluso en retroceso, que determinan la forma y el ritmo de la internacionalización. No podemos por lo tanto permitirnos ir a la velocidad de caracol. Teniendo en cuenta que los márgenes de actuación de la política nacional son cada

vez más estrechos, la cooperación internacional se está convirtiendo en una necesidad especial para los socialistas democráticos.

Con la mirada puesta en una sociedad mundial organizada democráticamente, debemos acometer la organización de la cooperación internacional, para lograr el acuerdo sobre cuestiones de política de paz, política económica, de medio ambiente y desarrollo, tecnología y otras cuestiones. La actualización de las tradiciones internacionalistas del movimiento socialista deberá ser la piedra angular de nuestra política de futuro.

El contraste entre las sociedades industriales de bienestar en el hemisferio Norte y las zonas de miseria del Sur clama ahora de forma más evidente e insoportable que nunca. El subdesarrollo y los millones de muertes que causa el hambre son el destino fatal de una gran parte de la humanidad. En la actualidad existen más de 800 millones de personas que vegetan en la más absoluta pobreza; llevan una vida deplorable, muy por debajo de los mínimos vitales. Y su número aumentará de continuar la progresión del crecimiento demográfico. El injusto régimen de la economía mundial, de las relaciones financieras internacionales y de los gastos para fines militares en muchas partes del mundo obstaculizan un avance del progreso, que pudieran asegurar el sustento básico a todos. Esta situación de diaria amenaza a la vida atenta contra la dignidad humana. Terminar con esta situación interesa tanto al norte como al sur. Sólo el equilibrio nos permitirá lograr un mundo de paz y bienestar en todas las partes de la tierra. Así mismo, para los socialistas democráticos, el luchar por un mundo en el que todas las personas dispongan de la oportunidad de disfrutar de una existencia razonablemente segura y de una vida digna, constituye un principio incuestionable. La solidaridad debe primar en todo el mundo.

Es por ello por lo que el socialismo democrático debe hacer sentir su peso con mayor fuerza en la balanza, con el fin de crear, también en el Sur, las condiciones que permitan un progreso más firme. Es preciso un nuevo orden de las relaciones internacionales mundiales y de las correspondientes instituciones internacionales, de manera que los intereses del Sur estén contemplados de forma apropiada. En este sentido -tal postula desde hace tiempo la Internacional Socialista- el ahorro obtenido por la disminución del armamento debería hacerse llegar, en parte a través de la coordinación internacional, a los países del sur que sufren la miseria.

Las bases de una concepción del futuro del Socialismo Democrático se derivan a las citadas cuestiones de supervivencia de la Humanidad:

- Una nueva política de seguridad común, tal y como ya se iniciado de hecho entre el Este y el Oeste.
- Una política de transformación ecológica de la industria y de las sociedades en desarrollo.
- Una política de estructuración técnica social.
- Un eficaz cambio de orientación en las relaciones Norte-Sur.

Estos objetivos básicos deben hacer posible a todas las sociedades una política válida para el futuro, por muy diferente que puedan ser en otros aspectos. Una nueva

orientación de este tipo sustituye al modelo de progreso lineal, por un concepto de progreso autocrítico. Siempre se ha creído que el crecimiento económico espontáneo producía de forma automática más libertad y más justicia, incluso felicidad personal. Actualmente esta convicción ha sido abandonada. Evidentemente esto no significa que tengamos que distanciarnos de los objetivos de emancipación. Antes bien significa que tenemos que ser más sensibles, más críticos y estar más atentos a la hora de averiguar durante cuanto tiempo nos seguirán acercando aún las recetas, consideradas válidas en su día, al logro de los objetivos de una vida libre, solidaria y segura.

El Socialismo Democrático sigue siendo el movimiento histórico del progreso, aunque por nuevas vías, ya que las anteriores no son válidas o llevan en dirección equivocada. El movimiento del Socialismo Democrático tiene la obligación histórica de ser defensor y organizador del nuevo progreso.

Nuevas posibilidades de diálogo

Lo más nuevo y esperanzador de los cambios que está experimentando la situación actual es el hecho de que las fuerzas responsables en muchos ámbitos políticos han reconocido y manifestado claramente que los intereses de la humanidad deben tener preeminencia sobre los intereses de grupos o regionales. En los últimos años esto ha sido puesto de relieve con una firmeza realmente convincente por el primer dirigente de la Unión Soviética y Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Si los programas de reforma vinculados al nombre Mijail Gorbachov en la Unión Soviética obtuvieran una confirmación estable, las consecuencias tendrían una extraordinaria relevancia para todo el mundo. Lo mismo cabría decir sobre el éxito de las revoluciones democráticas en Centroeuropa y Europa del Este, que de forma provisional se ven oscurecidas por la recaída en un nacionalismo objetivamente superado.

Uno de los signos más importantes de esperanza en nuestro tiempo es la posibilidad de nuevos diálogos que ofrece la toma de conciencia sobre los intereses generales de la Humanidad. Las actitudes de entendimiento y de cooperación han ocupado en algunos lugares el puesto del dogmatismo ideológico. Aumenta la impresión de que, a pesar de que persisten las discrepancias, aumentan el campo de puntos en común incuestionables, lo cual significa para las diferentes formaciones políticas la posibilidad de un intercambio fructífero para todos.

El movimiento del Socialismo Democrático puede convertirse en la guía de una nueva cultura política internacional, de diálogos sobre algunas discrepancias y conflictos de interés o valores. Un tipo de proyecto de acuerdo y de simultánea cooperación de esta naturaleza no equivale en absoluto a una precipitada retirada de los grandes objetos de controversia. También hoy existen diferencias significativas -incluso con el gobierno soviético- en relación con los principios fundamentales de una sociedad digna para el hombre. Lo mismo puede decirse sobre otras cuestiones claves, tanto

sociales como políticas, como son el papel y la garantía de los derechos humanos, la organización y el alcance de la democracia o la función y estructura del pluralismo social. Ciertamente, no estamos en posesión de la fórmula mágica para que el cambio social se realice sin conflictos. Los socialistas democráticos somos conscientes de lo difícil que resulta garantizar la justicia social en una economía de mercado y cuanta energía es necesaria para garantizar y desarrollar la democracia y la constitucionalidad. Seguiremos dispuestos a aportar nuestra amplia experiencia, pero no podemos ofrecer recetas infalibles.

Objetivo central: los Derechos Humanos

En el futuro, y en lo que respecta a la defensa de los derechos humanos, los socialistas democráticos no van a transigir. Por muy diferentes que sean las vías de la reforma que escojan las sociedades del Norte, el Sur, Este y Oeste para dar el paso al siglo XXI, la protección de los Derechos Humanos debe constituir en cualquier parte la base inexcusable del progreso.

En el futuro seremos si cabe más inflexibles a la hora de presentar nuestras reclamaciones allí donde se violen los Derechos Humanos, y de forma aún mucho más enérgica exigiremos cambios allí donde su garantía sea insuficiente. Los socialistas democráticos nos consideramos defensores de los Derechos Humanos sin reserva alguna. Los derechos liberales de libertad no pueden relativizarse, pero no son los únicos que cuentan. Del mismo modo, no nos oponemos a la interpretación, siempre defendida por el comunismo tradicional, de que los derechos de protección social son lo único importante. Por el bien de la dignidad humana, los Derechos Humanos no pueden ser ni relativizados, ni divididos, ni contrapuestos entre sí. Los derechos liberales de libertad, los derechos democráticos de participación y los derechos sociales de protección se condicionan entre sí, y únicamente su conjunto es capaz de garantizar la libertad humana.

La igualdad entre hombre y mujer es un gran desafío del socialismo democrático del futuro. Quien se toma en serio los derechos humanos, debe luchar por la total equiparación social de hombres y mujeres. Esta resulta igualmente inexcusable para aprovechar al máximo las oportunidades de progreso de la sociedad y hacer fructificar a favor de la humanización de nuestra sociedades los particulares valores, formas de pensar y experiencias que las mujeres aportan. Todas las sociedades se enfrentan a este desafío, las del Norte, las del Sur, las del Este y las del Oeste -aunque el camino a recorrer no vaya a ser igual de largo para todas.

Por una sociedad abierta y democrática

No es casual que entre las filas del comunismo en transformación se encuentren consecuentes reformistas que hayan retomado mucho de lo que ha interesado e interesa al movimiento del Socialismo Democrático a lo largo de la historia. La idea del Socialismo Democrático en la época de su nacimiento, cuando el dominio de la clase capitalista y las cortapisas del funcionamiento democrático liberal pervirtieron las

exigencias de libertad de la Revolución Burguesa, partía de considerar que la libertad sólo es auténtica libertad cuando rige para todos los hombres en todos los ámbitos de la vida. La libertad igual, la libertad verdadera, sólo puede existir allí donde las personas pueden decidir en común, es decir, democráticamente, sobre todas las cuestiones que afectan a su vida común. Una democracia políticamente garantizada y socialmente completa es y sigue siendo el punto central de la visión del socialismo democrático. Se trata de la dignidad de las personas y de su derecho inalienable a decidir por sí mismos en solidaria comunidad con los demás.

La visión de una sociedad democratizada es lo que une a los socialistas demócratas del todo el mundo: la autorregulación de las personas en el mundo del trabajo, la corresponsabilidad de la sociedad sobre el progreso económico y el control eficaz del poder político y económico. Esto excluye tanto el poder absoluto del Estado sobre los medios de producción y la posibilidad de disponer de los mismos de forma centralizada, como la dominación arbitraria de una propiedad privada independiente de la sociedad. Sin embargo, el control social del poder económico no excluye, sino que incluye las relaciones de mercado. Cuando de forma consciente el mercado no se desentiende de la responsabilidad social, es un instrumento mejor de regulación económica que lo que puede ser la burocracia centralizada.

Los partidos del Socialismo Democrático determinan los instrumentos del control social de forma diversa, en función de las diferencias que existen entre el grado de progreso de sus respectivos países y de sus diferentes tradiciones. El papel de las empresas privadas, de las cooperativas, la tendencia a la asociación, las formas de cogestión y la planificación marco se enfatizan y se valoran de manera diferente. Pero todos coinciden por completo en la idea básica de un régimen económico mixto y democrático. La democracia económica es también una meta fundamental en el futuro, porque garantiza la dignidad de la persona trabajadora, porque es un instrumento del control del poder y porque la participación social en las decisiones económicas seguirá siendo necesaria. Es también una condición necesaria para que la lucha contra el injusto desempleo resulte eficaz.

Las sociedades industrializadas de Occidente están experimentando desde hace tiempo una tendencia al individualismo sin precedentes, de enorme trascendencia, que tiene su origen en el aumento del bienestar social, en la amplificación de las posibilidades de formación y en la existencia de garantías sociales básicas. Desaparecen los modos de vida tradicionales, profundamente enraizados. Lo mismo puede decirse en general de la vieja cultura vital del movimiento obrero, que durante casi un siglo posibilitó una convivencia colectiva en la que los trabajadores y sus familias, desde la cuna al féretro, se podían sentir amparados y seguros. Esta cultura de solidaridad ha perdido su significación característica.

Trabajadoras y trabajadores, empleados, funcionarios con buen sueldo y buena formación, que ascienden en su vida profesional gracias a la dedicación y a la eficacia y que no han conocido aquellas experiencias colectivas, a menudo desarrollan una pronunciada conciencia individualista, al considerarse a sí mismos artífices de sus éxitos y de las condiciones en las que viven. De hecho disponen también a todos los niveles de la posibilidad de elegir entre varias alternativas, es decir, un margen de

maniobra para su libertad del que nunca antes pudo disponer la población trabajadora. Los círculos conservadores y neoliberales suelen instrumentar con éxito este nuevo individualismo en una política cuyos resultados, sin embargo, pueden significar la supresión del nivel de vida alcanzado, de las seguridades sociales y de las oportunidades de formación. En este caso, el margen de maniobra de la libertad individual del trabajador se vería considerablemente reducido.

El nuevo desafío

De todo ello se deriva un nuevo gran desafío para el socialismo democrático en las sociedades industrializadas. A los grupos que defienden sus programas -a primera vista- no les parece una visión de futuro aceptable. Por un lado, debemos dar la bienvenida a las nuevas posibilidades de la libertad, como la elección de oportunidades y estilos de vida, de formas de comunicación y modelos profesionales, pues precisamente nosotros apoyamos la libertad individual. Por otro lado, debe ponerse claramente de manifiesto que condiciones sociales precisa en la práctica la libertad individual de los dependientes y los débiles. También el nuevo individualismo tiene su fundamento social.

La oportunidad del Socialismo Democrático de transmitir de nuevo una oferta digna de ser creída no se obtiene únicamente con proclamas de solidaridad, sino mediante la presentación de programas económicos, ecológicos, de política educativa y culturales que evidencien que condiciones sociales deben garantizarse para que sea posible un alto grado de libertad individual para todos. Las sociedades industrializadas del futuro estarán determinadas por una creciente tecnificación de las condiciones del trabajo y la vida. Dichas sociedades han sido acertadamente descritas mediante el concepto de "sociedades de riesgo". Pero no se trata únicamente de riesgo para la salud y la vida, también se descuida la previsión social siempre que se desarrollan nuevas tecnologías. El peligro aumenta, pues, mediante la tecnificación, ya que el tiempo libre de un número cada vez mayor de personas -como consecuencia del acortamiento de la jornada laboral- se ve condenado a una actitud pasiva de consumo, debido a la actuación de las poderosas empresas de tiempo libre. Estas personas no pueden desarrollar su propia experiencia, su creatividad y su autoconocimiento. La utopía negativa sería una sociedad que, a la vez que lograra que la vida fuera cada vez más confortable y rica, hiciera a las personas cada vez más pasivas y dependientes. La técnica podría hacer posible lo que Aldous Huxley escribió al respecto hace décadas

Al Socialismo Democrático, tanto hoy como en la época de su nacimiento, le deben importar las personas emancipadas, con criterio propio, que en asociación con otros determinan sus condiciones de vida y en dicho marco pueden buscar su felicidad de forma individual. Esta visión no precisa correcciones. En nuestra sociedad cada vez más determinada (y en cierto sentido también amenazada) por el consumismo, la política cultural juega un papel clave. Una política que no sólo debe permitir el acceso de todos al mayor número posible de fuentes de cultura nacional e internacional, sino que a la vez debe ofrecer oportunidades para la experiencia propia, para la comunicación y la creatividad -para que las personas de la civilización técnico-científica puedan ser sujetos emancipados en lugar de convertirse en objetos

dependientes. Contra las aberraciones de la industria del tiempo libre, que hace caer de forma cómoda y manipuladora en verdaderas manías, es necesario implementar el proyecto de una política cultural que proteja y fomente el ámbito propio de la experiencia humana, tanto individual como colectiva.

Oportunidad de futuro

El mundo actual no conlleva únicamente una nueva clase de riesgo, sino que también abre oportunidades sin precedentes. Su configuración consciente debe hacer que las nuevas tecnologías sean fuentes de bienestar y de formas de vida y trabajo en armonía con la naturaleza, que mejoren la asistencia sanitaria, la seguridad de los puestos de trabajo y den la posibilidad de disfrutar de más tiempo libre.

La democratización de la sociedad y las decisiones responsables sobre el futuro del progreso resultan necesarias a fin de que la visión de una sociedad digna para el hombre se pueda hacer realidad.

La sociedad democrática mundial, una necesidad práctica en nuestro intrincado mundo, ofrece la oportunidad de una época de paz y de cooperación leal entre los pueblos.

Los Socialistas Democráticos entienden su concepción de una sociedad mundial democrática y digna para el hombre como una exigencia de sus propios actos y como una oferta de diálogo y cooperación.

1917 y AMERICA LATINA

José Aricó

La herencia de 1917 está en liquidación, acaba de decirnos Octavio Paz, y es éste un hecho irrefutable. Más allá del significado preciso que las distintas corrientes políticas y culturales asignan a la crisis de los países del este, es un sentimiento por todos compartidos que el derrumbe del comunismo, como teoría y como práctica, tendrá implicaciones directas y profundas sobre el pensamiento de la izquierda latinoamericana y sobre sus futuros diseños doctrinarios y políticos. Dejo de lado el error de perspectiva histórica que significa considerar al comunismo como un fenómeno que puede disiparse sin dejar rastros, como si fuera una creación *ex nihilo* y como si, finalmente, no fuera un vástago en el plano ideológico de la cultura de Occidente, que sólo pudo desarrollarse y afirmarse en los espacios abiertos por las contradicciones de la sociedad capitalista. De todos modos, y aun dejando en suspenso el complejo problema de cuánto de ella heredará el mundo del futuro, es innegable que su extinción coloca a la izquierda latinoamericana ante una difícil encrucijada histórica.

¿En qué sentido puede afirmarse que la desintegración de la cultura comunista tendrá efectos directos y profundos sobre la izquierda latinoamericana y aún en aquella no vinculada orgánicamente a la tradición que nace con la Revolución de Octubre? En el sentido de que se ha puesto en cuestión una visión de la sociedad y de sus modalidades de cambio que tuvo en la experiencia soviética y en las formulaciones ideológicas teóricas y políticas del leninismo o del marxismo-leninismo, una matriz sustancial para su constitución.

Se ha dicho, y hay poderosas razones para sostenerlo, que el derrumbe del comunismo no es sólo el resultado inevitable -aunque inesperado- del fracaso de un sistema económico y social; es también un desmentido a la idea misma de revolución concebida como un momento fundante de un orden social totalmente nuevo, de una nueva historia, de un corte que establece una plena discontinuidad respecto del pasado. Esta idea de revolución alimentaba a su vez dos ideas fuerza que encontraron en el marxismo su sustento teórico y que posibilitaron a las corrientes obreras y socialistas postularse como un movimiento histórico de transformación. En primer lugar, una concepción alternativa de democracia, capaz de superar la escisión y contraposición entre las dimensiones formales y sustanciales que la democracia liberal conlleva. Toda la crítica socialista nace del rechazo de una comunidad política que se asienta sobre la base de una irreductible desigualdad real de los sujetos. El comunismo pretendió encontrar una forma institucional en condiciones de resolver este problema del nexo entre igualdad y libertad y sus resultados fueron la anulación de ambas.

La otra idea fuerza partía de la convicción de que al industrialismo incontrolable de la sociedad burguesa podía contraponérsele un proceso industrializador de signo positivo que fincara en la capacidad planificadora del Estado la posibilidad concreta de superar el crecimiento irracional que caracteriza al primero. Como sabemos, el socialismo burocrático que se constituyó a partir de la estatización integral de la economía y de

los mecanismos de planificación centralizada dio lugar a las formas más perversas de irracionalidad productiva y de expropiación de los trabajadores.

El cuestionamiento práctico de ambas certidumbres, que en los países del este europeo ha conducido a la crisis de sus Estados y de sus sociedades, arroja como resultado un proceso de refundación de la política que, como es lógico, arranca de la aceptación de la democracia como sistema y como método, y del reconocimiento de la funcionalidad del mercado. De tal modo, deja de tener sustento teórico y político un camino no capitalista de desarrollo como el emprendido por la Unión Soviética y los países del llamado “socialismo real”, que siempre ejerció sobre la izquierda latinoamericana una atracción excepcional. No tanto por las formas políticas de corte totalitario que rigieron dicho camino, sino porque en él se visualizaban los rasgos definitorios de cualquier proceso de transición al socialismo.

La crisis de toda una experiencia histórica que se inició en octubre de 1917 coincide en el tiempo con las nuevas y gravísimas manifestaciones de la decadencia prolongada que soporta nuestra región y que el ciclo de reconstrucción democrática iniciado en los años 80 no ha atenuado. Todo lo contrario, ha contribuido a ponerla claramente de manifiesto en sus componentes esenciales y en las insuficiencias de los instrumentos conceptuales para proyectar estrategias de salidas.

A partir de estas consideraciones resulta posible intentar una comparación entre ambos procesos, sin por ello olvidar todo aquello que los diferencia como regiones culturalmente distintas y cuyas historias recorrieron caminos singulares. El hecho es que tanto en América Latina como en la Europa del Este la conquista de un efectivo crecimiento económico se vincula estrechamente a una profunda reforma democrática del Estado y de la sociedad. En otras palabras, lo que está verdaderamente en juego en ambas regiones, y lo que explícita o implícitamente atraviesa el debate político e ideológico es el viejo e irresuelto problema de la relación entre modernidad y tradición.

Octavio Paz acaba de ofrecernos en una serie de artículos de la que he tomado su frase inicial, una síntesis admirable de la cuestión. Muestra en ellos cómo los grandes conflictos históricos de nuestras naciones fueron, en realidad, expresiones variadas de este gran tema. Y en torno a él giró todo el pensamiento social latinoamericano. La diversidad de las respuestas, no sólo en la historia de nuestros pueblos sino también en su presente, ilustra hasta qué punto la gran pregunta por el destino de las naciones latinoamericanas sigue siendo hoy, como en el pasado, un interrogante. Esta dificultad para abordar lo que Mariátegui llamó la “heterodoxia de la tradición”, la resistencia que la tradición opone a dejarse aprisionar en una fórmula inerte que la cristalice o anule, se ha expresado históricamente en una constante ambigüedad de las respuestas al problema de la modernización y al tema de la modernidad en general. Y tanto América Latina como el mundo ruso (dado que la “dimensión soviética” hoy está sometida a crítica y nadie puede afirmar lo que restará de ella en el futuro) están atravesados por esa misma dificultad. Por razones diversas, derivadas de sus tradiciones seculares, del peso del tradicionalismo religioso, de la heterogeneidad racial de sus componentes nacionales, de las formas que asumieron sus construcciones estatales, del carácter “exógeno” de sus procesos de industrialización, etc., por estas y muchas otras razones que aún restan por estudiar, anidaron en

ambos mundos fuertes resistencias a una modernización de signo crudamente capitalista, a un capitalismo salvaje sin límites ni fronteras.

Desde la constitución de sus pueblos en naciones-Estado existió en América latina una corriente antieuropea en sus tradiciones que nutre los sueños de un camino propio, de una suerte de tercera vía que constituye el núcleo duro del ideal revolucionario que animó a las corrientes sociales emergentes de la crisis de los años de la primera posguerra. Y es con relación a estos aromas ideológicos que debemos analizar las repercusiones que alcanzaron en América Latina los hechos del Octubre ruso.

La potencialidad expansiva del fenómeno ruso en Latinoamérica tuvo su raíz no tanto en la fortaleza del movimiento obrero y socialista que dicho fenómeno contribuyó decisivamente a formar, sino porque coincidía y salía al encuentro de una crisis generalizada de todo un régimen económico, político y social; el llamado “régimen oligárquico”. Los años 20 se caracterizan por una movilización inédita de los sectores medios en contra de las formas políticas de la dominación oligárquica, pero también por un sorprendente y generalizado movimiento de reforma intelectual y moral de las sociedades: la Reforma Universitaria, que nacida en Córdoba se expande por todo el continente. En el interior de este vasto experimento de latinoamericanización de las capas letradas progresistas de nuestras sociedades se produce un fenómeno aproximable a lo ocurrido en Rusia desde mediados del siglo pasado. La formación de una suerte de *intelligentsia* que se define más en términos de su común actitud crítica frente al orden vigente que por su extracción de clase o por categorías puramente profesionales. Frente a la ausencia de formas sociales definidas, no pudiendo apoyarse en una clase económica y social precisa, esa intelectualidad aparece como suspendida en el aire, planeando por sobre el sentimiento de frustración que despiertan las autoritarias oligarquías nativas y la atracción que ejercen las masas populares o el “pueblo”. Ese mismo aislamiento y la convicción de una función propia que debía ser llevada a cabo aún en contra del curso natural de los hechos, contribuyó a conformarlos como una “clase” distinta caracterizada por una fuerte tensión moral, por una voluntad aplicada a la realización de todas aquellas ideas que permitieran encaminar nuestros pueblos a su regeneración material y moral.

La experiencia rusa representaba para este sector la demostración práctica de que sus proyectos eran realizables. Y por eso, “hacer como en Rusia” no significó para ellos cambiar una sociedad injusta, sino también y fundamentalmente realizarla como nación. La discusión contra una concepción oligárquica de nación suponía, en consecuencia, incorporar en el debate los elementos teóricos y prácticos que emergían de la experiencia rusa. Pero esta experiencia fue leída o interpretada de distintas maneras, y cada una de éstas versaba sobre cómo abordar el complejo problema de la relación entre modernidad y tradición, aunque esta última fuera visualizada sólo como atraso.

El cuestionamiento del régimen oligárquico involucraba necesariamente un reconocimiento de los procesos históricos que condujeron a su constitución. Era lógico entonces que fuera considerado como un resultado de las formas que adoptó en América Latina la modernización, y su rechazo se fundó en una interpretación del

atraso que descreía de la certeza antes compartida de un camino unilineal de desarrollo de las sociedades latinoamericanas que debía llevarlas inexorablemente a identificarse con Europa. La singularidad de América frente a Europa es un tópico constante de la ideología de la Reforma y un punto de engarce con los vientos que venían del Este. *Los tiempos nuevos*, evocado por el libro del mismo título escrito por José Ingenieros, estaban signados por esta fusión de los ideales libertarios del “movimiento maximalista” con las fuerzas morales generadas por la reforma universitaria. Y porque se creía a pie juntilla en la convergencia histórica de ambas experiencias el libro de Ingenieros pudo convertirse en una Biblia para las corrientes democráticas y socialistas del continente.

La coincidencia en la significación moral de estos hechos no condujo, empero, a la adopción de un único proyecto de transformación. Alrededor del problema de las formas y de las opciones del desarrollo se produce en los años 20 un debate en el que fueron planteados los grandes temas del movimiento social latinoamericano. Un debate que, por su ejemplaridad, permanecerá casi inmodificado hasta la desintegración del Estado de compromiso populista en los años 80. Se discute sobre el carácter nacional o de clase de la revolución, el papel del estado como constituyente de la unidad nacional, la relación con el capitalismo, las alianzas de clase, el carácter del partido, etc.

Las respuestas fueron distintas y condujeron a la formación de dos grandes vertientes, no ya corrientes, de la izquierda latinoamericana: populista y socialista. Son múltiples las formas organizativas, políticas e ideológicas en las que, desde esos años iniciales, se expresarán históricamente ambas vertientes. Y una de las razones de esta variedad de formas, tal vez la de mayor gravitación, habrá que buscarla en la endeblez de los partidos comunistas que nunca lograron en la región, salvo en algún momento y sitio determinado, arraigarse profundamente entre las masas populares. Sin embargo, el prestigio de la experiencia soviética y del marxismo como teoría de la historia fueron determinantes para que el debate reprodujera casi exactamente en los mismos términos la disputa que enfrentó a populistas y marxistas en la Rusia finisecular.

Las relaciones ambiguas entre el aprismo y el socialismo – que signó el debate político-intelectual de los años 20 y 30 en el continente – derivan del hecho de que ambos estaban ideológicamente instalados en el terreno del marxismo o de la cultura que contribuyó decisivamente a formar. De un marxismo interpretado en clave leninista y bajo su forma rusificada. La pregunta que subyacía y que cada vertiente respondió a su modo se interrogaba sobre el futuro de América. Si no se podía ni se quería ser Europa ¿Acaso era Rusia el espejo en el que debía contemplarse? Dicho en términos más puntuales: ¿Hasta dónde la revolución rusa podía constituir un modelo universal?

La polémica que opuso al comunista cubano Julio Antonio Mella y al fundador del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, polémica a la que las intervenciones de José Carlos Mariátegui aportarán consideraciones menos doctrinarias y comprensivas de las particularidades de la dinámica de las sociedades americanas, versó en definitiva sobre una evaluación diferente del carácter universal de la experiencia soviética.

Aunque sus opiniones se irán modificando a medida que la profundización de la controversia conduzca a la ruptura de ambas corrientes, Haya de la Torre definió con claridad el estado de ánimo de la izquierda latinoamericana respecto de Rusia: *“Sería inútil que yo tratara de verter todas mis opiniones acerca de Rusia en una simple declaración. Ampliamente he de dar mis impresiones en un libro que preparo y que he de editar tan pronto termine mi viaje por las distintas regiones del país de los soviets. Como estudio no creo que tenga valor semejante un viaje a otro punto del globo. Para América: México y para el mundo: Rusia. En México se inicia la revolución social de tipo indoamericano, y en Rusia se está creando el tipo universal de la nueva revolución que cambiará todos los resortes de la historia”* (en “Impresiones de Rusia”, La Crónica, Lima, 9 de octubre de 1924).

La revolución social de tipo indoamericano, esta categoría clave del populismo de izquierda, fue en cierto modo la conclusión necesaria de una tentativa de interpretar los “climas históricos y las latitudes sociales” singulares de la región a partir de los instrumentos conceptuales provenientes del marxismo rusificado y de su prolongación en la tercera Internacional. Hasta la misma revolución mexicana fue leída con las lentes rusas y no debe sorprendernos reconocer que fueron los fulgurantes hechos de la revolución china los que posibilitaron a los sudamericanos descubrir que en su propio continente desde más de una década atrás se venía desarrollando una revolución autóctona de la que no se advirtió su presencia.

Insisto en estas puntualizaciones porque si la polémica entre socialismo y populismo en América Latina es retomada en sus orígenes y en los textos fundacionales del pensamiento crítico continental, se advertirá con claridad la influencia decisiva que tuvieron los sucesos del Octubre Ruso y las construcciones teóricas y prácticas que contribuyó a generar. Por consiguiente, fue y sigue siendo un craso error tratar de evaluar dicha influencia con el estrecho rasero de las escuálidas formaciones comunistas que desde los años 20 vegetaron en la región. El modelo populista arranca de las elaboraciones hechas por la Internacional Comunista sobre las revoluciones en los países dependientes y coloniales y les da un sesgo particular merced al cual se privilegia la cuestión nacional. La escasa autonomía de la clase obrera, su extrema debilidad respecto de los demás grupos y clases sociales, tornaba ilusorio un proyecto de cambio fundado en su capacidad hegemónica. La profunda heterogeneidad de los componentes nacionales y populares sólo podía ser superada colocando al Estado en el centro de la constitución de la unidad nacional. El concepto de pueblo es a la vez, paradójicamente, un punto de partida y un producto de una acción sólo posible desde el Estado. Lo cual conduce inexorablemente a una sobre-valoración de su función en desmedro de la sociedad civil a la que, en definitiva, se considera incapaz de cualquier acción autónoma. La conquista del Estado es el requisito para desde él conducir la transformación y el proceso de industrialización. Esta doble función del Estado como constituyente de la unidad nacional y como factor decisivo y hasta excluyente de la transformación económica remite nuevamente a la experiencia soviética y la conceptualización leninista, pero se funda además en las modalidades propias del proceso de construcción de las naciones latinoamericanas. Un Estado de fuerza decisiva frente a una sociedad civil débil y gelatinosa no puede sino dar como resultado una actitud de reverenciamiento del Estado, una “estolatría” que alimenta las concepciones autoritarias y cesaristas del cambio social, y por tal razón tal vez

pueda explicarse la expansión del leninismo, aunque metamorfoseado bajo rasgos populistas, porque en definitiva América Latina es, o por lo menos lo fue por largo tiempo, un “continente leninista”.

La divergencia fundamental entre populista y socialistas giró, en realidad, en torno a la resistencia a aceptar los modelos de partidos “de clase” y la dirección de la KOMINTERN. La unidad de los distintos intereses del pueblo, a la que una consigna aprista presentaba como fusión “de los trabajadores manuales e intelectuales”, requería de un movimiento nacional omniabarcativo que excluyera a todo aquello que, por no aceptar su liderazgo o disentir con sus propuestas ideológicas y políticas, se coloca en una relación de marginalidad y enfrentamiento con el movimiento nacional. Pero si éste se identifica con la nación misma, lo que queda fuera de él es simplemente la “antinación”.

El Estado nacional antiimperialista sostenido por un movimiento que, en definitiva, sólo pretendía ser una correa de transmisión de la acción de aquel en la sociedad, parecía ser el instrumento más adecuado, si no el único, para implementar *desde arriba* una política de masas capaz de fusionar demandas de clases con demandas de nación y de ciudadanía. La multivariedad de sus formas, y con independencia de sus signos autoritarios o progresistas, remite al modelo originario que, en el caso de América Latina, fue el producto de la conjunción de las dos grandes experiencias mexicana y rusa. De una revolución “sin teoría” y de otra que sostuvo tenerla y organizó su difusión por el mundo.

Asistimos a la crisis irreversible de este modo de Estado nacional antiimperialista, aunque formas estatales inspiradas en sus principios subsistan aún en distintas partes del mundo. Las razones de esta crisis son múltiples y se ha abundado mucho sobre ellas. Fruto de los efectos expansivos de la revolución rusa y de la necesidad de encontrar caminos rápidos para la conquista de la autonomía económica de sus pueblos acelerando los procesos de industrialización, no puede soportar la desintegración del complejo de prácticas políticas, formas económicas y construcciones institucionales que conformó a lo largo de muchos años de historia. Se ha clausurado una época y con ésta se ha consumado una experiencia que ya no puede medirse productivamente con un mundo que cambia vertiginosamente en el sentido de su integración.

En América latina ya entró en crisis en los años 70 y el ciclo de los golpes militares que le sucedió fue su resultado. Los actuales procesos de democratización se enfrentan, a su vez, a una gravosa herencia de formas perimidas del Estado y de la sociedad, que en muchos casos los autoritarismos militares contribuyeron a agravar antes que superar. El camino que ha emprendido América Latina ya no admite retornos al modelo del estado nacional antiimperialista, pero la izquierda no ha demostrado todavía ser capaz de imaginar una alternativa progresista a las orientaciones neoliberales que se imponen en la región. El Estado de compromiso populista hizo aguas, pero el cuerpo de ideas que condujo a la izquierda latinoamericana a defenderlo como un instrumento insustituible para abrir una perspectiva de desarrollo autónomo sigue en pie. Aún hasta el presente sigue nutriendo las concepciones y las estrategias políticas de esa izquierda. La realidad se

ha modificado, pero la inercia doctrinista de la teoría impide una renovación tan necesaria como urgente.

Aquí, en esta asimetría de las demandas de la realidad y las insuficiencias del pensamiento y de la acción es donde la descomposición de los regímenes del Este puede servir de experiencia aleccionadora. Más aún, hasta se puede afirmar que es un elemento de decisiva importancia para encaminar a la izquierda latinoamericana hacia la construcción de una acción política verdaderamente reformadora. Pero para ello es imprescindible que el tema de la desintegración del comunismo como teoría y como práctica sea considerado como *propio* por esa izquierda. Lo cual supone un cambio radical de la actitud vergonzante y de ocultamiento que siempre tuvo la izquierda frente a las denuncias sobre la naturaleza despótica de los regímenes del Este. Si hasta ahora pudo soslayarse el problema valiéndose del argumento de que en un mundo bipolar criticar a la Unión Soviética o a los países del Este –pero también a China o a Cuba- llevaba agua al molino del imperialismo, desde la caída del Muro de Berlín esta posición se ha vuelto insostenible, aún para quienes la aceptaban de buena fe como legítima.

Desde esta perspectiva, asumir como propios de su tradición y de su patrimonio teórico y cultural los problemas e interrogantes que emergen de esa compleja experiencia histórica iniciada en 1917 y que hoy se derrumba estrepitosamente es para la izquierda latinoamericana una empresa insoslayable. Su destino futuro se vería vitalmente comprometido si, como hasta ahora, considerara que lo que ocurre en el Este no la compromete. He tratado de mostrar hasta qué punto la discusión en América Latina sobre las vías posibles para encarar una transformación deseada tenía en los años 20 un referente que servía de ejemplo de lo que había que hacer: *la Rusia posrevolucionaria*. Si nuestra izquierda se encogiera farisaicamente de hombros frente a lo que ocurre con el llamado “socialismo real” habría que recordarle, remedando a Marx, *de te fábula narratur*.

El hecho de que la herencia de 1917 esté hoy en liquidación deja en pie, sin embargo, un interrogante. La Revolución de Octubre y el movimiento comunista que se hace cargo de difundir su contenido histórico universal trataron de resolver globalmente el problema de la sociedad justa. La vía por la que intentaron resolverlo ha resultado ser históricamente equivocada. Pero los problemas quedan. ¿Quién y cómo se plantea resolverlos? La universalización del principio de la democracia política que está detrás de los traumáticos cambios políticos e institucionales que presenciamos la coloca frente a la gran responsabilidad de demostrar su capacidad para hacerse cargo de ese problema. De la democracia no se puede ni se debe salir, nos dice Norberto Bobbio. Y estamos convencidos de esta verdad que asumimos como un valor universal. ¿Pero cómo hacer para que sus reglas fundamentales sirvan para estimular, y no obstaculizar, el impulso también universal hacia la emancipación humana?.

Para responder a esta pregunta no es suficiente rechazar el pasado. Es preciso además indagar las razones de las miserias heredadas. Los populismos latinoamericanos entraron en crisis, pero permanecen como ideologías porque en el pasado dieron una solución política y cultural a demandas concretas de la sociedad y del Estado. Su fuerza residió en elaborar desde arriba, desde el Estado, una voluntad

nacional-popular, fusionando cultura de masas con políticas moderna. Más allá de los juicios adversos que desde el presente podemos emitir sobre los callejones sin salida en que encerraron a nuestro pueblos. Fueron una respuesta al problema de la relación de la tradición con la innovación, que recogía la herencia paternalista y caudillista de la concepción tradicional de la política. Dicha respuesta salía al encuentro de las limitaciones que tuvieron siempre los proyectos modernizadores en la región. Al pretender tirar por la borda las tradiciones y copiar sin discernimiento las formas que adoptaban los países centrales, tales proyectos se identificaban con élites transformadoras sin capacidad hegemónica para convertir en hechos de masas sus plantas fantasiosas. El *topos* clásico de la separación entre intelectuales y pueblo no es sino la cristalización ideológica de la constante *crisis de legitimidad* que debieron soportar los propósitos de cambio y quienes pretendieron llevarlos a cabo.

Tal vez algo de todo esto ocurre con el discurso sobre la democracia y la superación del Estado de compromiso prebendalista en América Latina. Los temores que despiertan los obstáculos económicos, políticos y sociales con que se enfrentan los procesos de democratización tienden a privilegiar los elementos de neutralización que la política moderna arrastra consigo. En un orden esencialmente injusto se soslaya el reconocimiento, caro a la tradición socialista, de que la democracia no está necesariamente vinculada a la economía de mercado y a la forma capitalista de producción. Todo lo contrario, es el obstáculo fundamental para que se imponga a la sociedad las ideologías del éxito económico y del conocimiento sin límites como naturales e inviolables atributos de la condición humana. La democracia es un valor a defender porque, como ha escrito recientemente Pietro Barcellona, en el mundo que cuestiona todo fundamento ella realiza el derecho mínimo de cada uno de poder decidir el sentido de su propia historicidad. Justamente por ello la democracia es inseparable del conflicto. De un conflicto que pone constantemente en discusión quién y cómo decide.

El derrumbe de una experiencia fallida de liberación de los hombres de su sujeción a la escasez material no puede llevarnos a aceptar la afirmación de que sólo la economía capitalista puede garantizar la democracia. La experiencia histórica de un siglo y medio de vida independiente de las naciones latinoamericanas demuestra que tal afirmación es sólo una falacia. Una democracia que evidenciara su incapacidad para hacerse cargo y responder a las demandas de enormes masas de hombre sumergidos en la miseria nunca podría subsistir sin transformar a sus reglas en meramente formales. Realizar la democracia –para no utilizar el término neutralizante de “consolidación”- significa ponerla a prueba en su potencialidad intrínseca de estimular los procesos de transformación. Pero para esto es preciso que la izquierda diseñe alternativas concretas a formas económicas que han demostrado ser incapaces de acordar los derechos de la libertad con las exigencias de justicia social.

La búsqueda de una solución política de problemas que la crisis del Estado social agudizó hasta extremos desconocidos supone para la izquierda democrática y socialista latinoamericana una profunda refundación de sus instrumentos conceptuales y de toda su cultura. La desintegración de la cultura comunista que deriva del fracaso de la vía leninista puede tener para la izquierda una decisiva función liberadora. Entre otras cosas – aunque estoy convencido de que es éste su aspecto decisivo- porque

posibilita construir una nueva teoría y una práctica del cambio social que recoja los elementos más valiosos de tradiciones políticas excluyentes. La historia de la cultura democrática occidental, es decir, de aquella cultura que hizo de la democracia el resultado de la fusión de las tradiciones del liberalismo político con los valores y las instancias del movimiento obrero y socialista, arroja una lección de método de extraordinaria significación. No es necesario insistir hasta dónde fue esto el producto de una evolución histórica, de un progreso en la vida colectiva de los hombres que reclama no ser únicamente aceptado, sino primordialmente defendido.

En las condiciones históricas y culturales propias de la civilización latinoamericana aceptar esta lección involucra una compleja tarea de construcción de un pensamiento político capaz de recoger las instancias vivas de los tres grandes filones con los que se tejió la trama ideológica típica de nuestras sociedades: las tradiciones liberales y democráticas, las nacionales populares y las socialistas. Todas ellas hundiéndose sus raíces en el humus constitutivo de una cultura de contrarreforma. El problema central de nuestras sociedades sigue siendo, tal vez hoy con mayor urgencia que nunca, preservar a su gente de la regresión y del autoritarismo al mismo tiempo que se avanza en la lucha contra el hambre y por la justicia social. Tradiciones culturales que perduraron enfrentándose facciosamente entre sí no han demostrado hasta ahora ser por sí mismas aptas para nutrir un movimiento transformador y una corriente intelectual crítica y moderna en condiciones de “*aferrar a Proteo*”, de dinamizar a una sociedad aplastada por el peso de la inercia y de la pasividad. ¿Es posible encontrar formas de armonizar un patrimonio ideológico fragmentado en corrientes ideales que se excluyen? Pero, al mismo tiempo, una convergencia de tales corrientes ¿no reclama aislar y anular aquellas visiones integristas, las sobrevivencias - y los grupos sociales que en torno a ellas agregan - que al absolutizar valores compartibles que alimentan convierten a las sociedades en invivibles? La libertad se transforma en licencia y la fraternidad en el clientelismo y espíritu de mafia; la igualdad, a su vez, adopta las formas más plebeyas de un jacobinismo sin freno.

La imposibilidad de resolver estas antiguas contradicciones signó la evolución histórica de nuestras sociedades desde la conquista de su independencia. El pulso de sus vidas nacionales no fue más que un espasmódico sucederse de crisis profundas de las que nunca se salió del todo. La regla es el encabalgamiento de los problemas y no su consumación. Territorio de frontera, “extremo Occidente” como la definió Rouquié, América Latina, que fue el resultado de la gestación de la modernidad, es también una prueba viviente del carácter ambivalente de ésta. Desgarrada por el riesgo de una pérdida de espesor histórico y el sueño de una identificación imposible con Europa. Sin rumbo, es un barco que marcha a la deriva.

La crisis de los países del Este, y de Rusia en particular, tiene el enorme mérito de poner delante de nuestros ojos un espejo gigantesco. Saber leer dicha crisis es tal vez otra ocasión histórica que se nos presenta para reflexionar sobre nosotros mismos; sobre la apremiante disyuntiva que se nos presenta. Si, como se ha dicho, la modernidad es un destino, el problema a resolver es de qué modo queremos los latinoamericanos ser modernos.

Balance de las políticas feministas

Políticas para la igualdad, un proyecto de la izquierda.

Carmen Martínez Ten

En mi exposición voy a tratar, partiendo de la autonomía de origen del movimiento feminista, de concretar los puntos de coincidencia del feminismo con las estrategias políticas de la izquierda y de analizar esa coincidencia especialmente para España, tanto durante la última etapa como en la actualidad.

Comenzando por el origen del movimiento feminista, los brotes de rebelión de las mujeres aparecen a lo largo de toda la historia de la humanidad, pero su nacimiento oficial desde el punto de vista organizado data del siglo XIX, aunque sus raíces ideológicas se remontan a la ilustración intelectual del siglo XVIII.

La ilustración defendió la razón frente a la revelación divina y diferentes pensadores ilustrados mantuvieron en ese marco la igualdad entre hombres y mujeres como consecuencia de la atribución a ambos sexos de capacidad autónoma de raciocinio. Reunió todo un arsenal de armas intelectuales que apoyaban la causa feminista y que iban desde las ideas de progreso, la dialéctica ley natural y razón hasta la defensa del poder de la educación para la plena realización del individuo.

Más tarde, la Revolución Francesa dio un importante impulso suplementario al de la ilustración en el desarrollo de la ideología feminista. Al calor de la revolución surgieron las primeras organizaciones de mujeres luchando por sus derechos, aunque fueron débiles y efímeras y sus líderes, según los casos, desaparecieron o fueron desaparecidas.

Más de un siglo después, en 1896, se publicó el ensayo de Jhon Sttuart Mill "the subjection of women", que desde el pensamiento liberal se convirtió en la Biblia del feminismo. Como un exponente de la política del *laissez faire* económico y social del liberalismo, defendía el libre ejercicio para las mujeres de sus facultades como personas. El feminismo se inscribía en un movimiento intelectual más general que defendía la eliminación de las discriminaciones legales contra los individuos a causa de su nacimiento.

El periodo comprendido entre finales del siglo XVIII y mediados del XIX, en Europa fue testigo de la eliminación gradual y pacífica o repentina y violenta (1848) de las barreras legales que privaban a la mujer del ejercicio de diversos derechos, como participar en el poder político, tener propiedades, ejercer ciertas profesiones o disponer de sus personas libremente. El objetivo inmediato de las feministas era hacer extensivos estos derechos a las mujeres.

A principio del siglo XIX las mujeres no podían votar, ni presentarse a elecciones, ni ocupar cargos públicos y, en muchas áreas de Europa, tampoco pertenecer a organizaciones políticas o asistir a reuniones de grupos políticos.

Otro gran capítulo de limitaciones era de naturaleza económica. Por ejemplo, la prohibición para las mujeres de tener propiedades, la transmisión de los bienes heredados por una mujer al marido al casarse, la prohibición a las mujeres para dedicarse al comercio o tener un negocio, ejercer una profesión u obtener un crédito en su propio nombre. Todas estas limitaciones en general perseguían y garantizaban que una mujer no se independizase económicamente.

Había un tercer grupo de discriminación que en realidad fundamentaba la negación de los derechos económicos. Era la negación de los derechos básicos en los códigos civil y penal. En la mayoría de los países las mujeres no eran personas legales, no tenían personalidad jurídica para firmar un contrato y eran como “niñas” desde el punto de vista legal. Primero y hasta que se casaban, estaban bajo el poder del padre y necesitaban su permiso para casarse, para trabajar, para cambiar de casa. Eso ocurría también con las mujeres solteras aunque fueran mayores de edad. A partir del matrimonio, todos los poderes pasaban al marido, que disponía de las propiedades, los hijos y los ingresos de la mujer.

Especialmente en los países de Derecho romano (sobre todo los que aplicaban el Código Napoleónico) era relativamente fácil para un hombre conseguir un divorcio pero absolutamente imposible para la mujer. En los casos de confrontación por nacimiento ilegítimo, prostitución o adulterio, la ley castigaba a las mujeres pero permitía eximir al hombre de toda responsabilidad.

En cualquier clase de asuntos legales, se trataba a las mujeres como seres inferiores cuya palabra contaba menos que la de un hombre. Finalmente se discriminaba a las mujeres en la enseñanza, donde los nuevos sistemas de escuela secundaria de principios de siglo XIX se dedicaban solo a los hijos varones y donde la insuficiencia de la escolarización primaria de las niñas hizo que una gran parte de las mujeres fueran analfabetas. Contra estas situaciones se levantó el feminismo en el siglo XIX en el marco del liberalismo político y con el referente ideológico de la Ilustración.

Pero el feminismo no puede explicarse solamente por su justificación intelectual. Citando textualmente a Evans, cuya Historia del feminismo tiene todavía toda su vigencia, “los orígenes sociales del feminismo organizado tienen que buscarse en la cambiante posición de las mujeres dentro de las clases medias y en la cambiante posición de las clases medias dentro de la sociedad y la política en su conjunto”. El feminismo en origen fue un movimiento de clase media, como demuestran las investigaciones. Por ejemplo, la mayoría de las cien delegadas que asistieron a la convención de Séneca Falls en 1848 eran mujeres de clase media y lo mismo ocurría con la mayoría de las 82 miembros de la Unión Alemana por el Sufragio Femenino o con la Liga francesa por los Derechos de la Mujer. La explicación, sobre la que no se trata aquí de extenderse, tiene que ver con la transformación de la familia en la revolución industrial, por un lado, y con el auge de la clase media que la abolición de la aristocracia trajo consigo (liberalismo protestante), por otro. Como dice Amelia Valcarcel (Sexo y filosofía) la polémica podría haber sido una polémica más si no llega a ser por el desarrollo de las fuerzas productivas, dicho en terminología marxista, y la transformación social a que este desarrollo dio lugar.

La igualdad de la mujer por la abogaba John Stuart Mill era fundamentalmente la igualdad de la mujer de clase media. Cuando Mill hablaba de las clases de empleo a las cuales deseaba que la mujer tuviera acceso, hablaba de “médicas, abogadas o miembros del Parlamento”. Cuando pedía que se concediera a las mujeres casadas el derecho a disponer de sus propiedades, era porque eran mujeres que obviamente tenían propiedades.

Con esto lo que he querido poner de manifiesto es que el feminismo no es en su origen un movimiento hijo del socialismo, sino del liberalismo, lo que conviene tener en cuenta para entender que algunas de las reivindicaciones del movimiento hayan podido ser asumidas por la derecha ó el centro político en diversos momentos históricos. Igualmente, la procedencia de las miembros y líderes del primer movimiento feminista, que era de clase media ilustrada explica, a veces más que la propia naturaleza de las reivindicaciones, los enfrentamientos con el movimiento obrero, que acusaba al feminismo de ser un movimiento burgués.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, los objetivos del feminismo se concentran en la lucha por el voto y la equiparación política de hombres y mujeres que el sufragismo entendía era la llave de otras transformaciones.

Casi es un lugar común decir que el feminismo y el socialismo se llevaron mal durante bastante tiempo. Los partidos socialistas rechazaban a las feministas por su procedencia burguesa y de clase media, y los sindicatos obreros se oponían al trabajo de las mujeres.

Sin ir más lejos, en la España republicana la izquierda se opuso al voto de las mujeres argumentando que siendo un voto conservador daría la victoria a la derecha. Clara Campoamor, que defendió en el Parlamento el voto para las mujeres, no era socialista, era del Partido Radical.

Pero desde el pensamiento socialista también se desarrolló una línea de pensamiento que defendía la igualdad entre los sexos. Fourier y los Saintsimonianos, partiendo también del liberalismo y la Ilustración, sentaron las bases para las teorías socialistas de la liberación de la mujer. Bebel, en su obra *La mujer y el socialismo* inició el discurso político respecto a las mujeres de la II Internacional Socialista (fundada en 1889 y que duró hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial), defendiendo la integración de las mujeres en sindicatos y partidos políticos para luchar por la igualdad salarial entre los sexos y la igualdad de derechos en la política y en la enseñanza.

El feminismo sufragista se fue a pique junto con el liberalismo en los años veinte y treinta, y las mujeres socialdemócratas sufrieron también un enorme descalabro, junto a los partidos de izquierda, por el ascenso de las dictaduras de entreguerras. Sin embargo, cuando resurge, en los años sesenta, el llamado Movimiento de Liberación de la Mujer, lo que está en la base es una combinación de feminismo de izquierdas entendido como una teoría de la emancipación femenina adaptada a las sociedades industriales de finales del siglo XX, y de reivindicaciones en torno a la libertad sexual.

A partir de los años sesenta y setenta una observación puramente empírica hace concluir que si ha existido alguna confluencia de acción que permita algún tipo de generalización entre el movimiento feminista y alguna franja del espectro político, ha sido con las opciones progresistas, y hay en cambio claros ejemplos de confrontación repetida entre las reivindicaciones feministas y las posturas conservadoras o tradicionales.

Y, sin embargo, el feminismo como tal, y entendido como la defensa de la igualdad entre hombre y mujeres, no es patrimonio de la izquierda. Aunque la superación de las desigualdades por razón de sexo se relaciona coherentemente con los principios igualitarios de la cultura de izquierdas, una defensa parcial de dicha superación que no implique por ejemplo la redistribución de la riqueza o la intervención del Estado en el desarrollo de políticas sociales puede ser, y de hecho ha sido, defendida y asumida desde otras sensibilidades distintas de las del socialismo o de la izquierda.

El feminismo no es la expresión de una conciencia uniforme sino que está integrado por distintas perspectivas y distintas formas de analizar las causas de la dominación y la desigualdad y también por distintas propuestas para superarlas.

El feminismo trasciende las distintas alternativas del espectro político, y a la vez se fragmenta en distintos discursos y propuestas. Hay muchos feminismos, e históricamente la formulación política de los mismos ha variado de una época a otra, como demuestra la historia.

El feminismo de la diferencia versus el feminismo de la igualdad son ejemplos de diferentes enfoques del pensamiento feminista. Pero el feminismo de la igualdad como heredero de la cultura racional e ilustrada puede expresarse en variantes distintas de la cultura política.

Con todo esto, unido a la descripción histórica de las raíces o el origen del feminismo, lo que quiero concluir es que no podemos sostener que por definición, o por su naturaleza, el feminismo sea axiomáticamente de izquierdas, lo que no quiere decir que en España las políticas para la igualdad no hayan sido impulsadas en exclusiva por la izquierda, ni que según todas las apariencias vayan a tener que seguir siéndolo.

Pero hay reivindicaciones del ideario feminista que entroncan con el ideario liberal (que no con el neoliberal o paleoconservador de la derecha española), que pueden ser compartidos por mujeres de sensibilidades ó culturas políticas distintas. ¿Porqué la reivindicación de la democracia partidaria no va a ser asumida por las mujeres de derechas? No tiene porqué significar pérdida de privilegios para los estratos sociales con mayor poder adquisitivo, y no implica mayor carga impositiva. De hecho, el partido demócrata cristiano de Khol acaba de aprobar cuotas para mujeres (30%) en su estructura interna.

¿Es la libre elección de la maternidad a través de la anticoncepción o el aborto un problema que tenga algo que ver con la distribución de la riqueza? Una derecha tan cerril como la española y que, como explicaré más adelante, ha sido históricamente incapaz de asumir principios elementales de libertad e igualdad, se ha opuesto

frontalmente a este tipo de cuestiones. Porque no se trata solamente de que no las haya impulsado, cosa que puede ser más comprensible que haga la izquierda, es más, la derecha conservadora española ha anatemizado y convertido en señas de identidad la oposición a temas que la derecha europea ha asumido hace tiempo.

Muy brevemente y antes de pasar a intentar explicar porqué el feminismo socialista ha tenido y tendrá que seguir impulsando sin apoyos previsibles tanto las políticas de igualdad relacionadas con el mantenimiento del Estado de bienestar, como las reivindicaciones relacionadas con la profundización de la democracia y con la realización efectiva de la no discriminación, querría referirme brevemente a la experiencia de las mujeres suecas. Como refiere Bárbara Hobson en su artículo "Identidades de género. Recursos de poder y estado de bienestar" (en Las ciudadanas y la política), consiguieron a través de una alianza supra o intra partidaria avances muy significativos en la situación de las mujeres en su país. Me parece una experiencia interesante sobre todos por los logros, más importantes que en otros países.

Como muchos movimientos feministas europeos durante las primeras décadas del siglo XX, en Suecia los grupos de mujeres estaban divididos por lealtades políticas y desacuerdos ideológicos. Tanto sobre derechos como sobre sistemas de protección social. Estas diferencias se intensificaron después de la obtención del voto. La década de los años treinta fue un punto de inflexión para los movimientos suecos de mujeres, que pasaron de la marginalidad a una influencia muy considerable. Un número muy importante de organizaciones fueron evolucionando y sus reivindicaciones se convirtieron en una parte esencial de la política nacional. El cemento que aglutinó los intereses de diferentes grupos de mujeres fue el concepto de ciudadanía, y la democracia participativa a través de la percepción de las mujeres como un electorado con diferentes papeles sociales, pero que necesitaba una representación política de sus intereses y necesidades.

Desde los años veinte hasta los años cuarenta, las feministas suecas construyen una identidad política en torno a los conceptos de ciudadanía y participación democrática en el gobierno. Defendían que no existen cuestiones específicas de las mujeres, que todo concierne a las mujeres y lo que las mujeres piensan concierne a todos. Construyen una red muy amplia de organización, con diferentes posicionamientos pero que encontraron un lenguaje común y un núcleo de temas que les permitieron construir una coalición de amplio espectro, que comprendía desde la Unión de Mujeres socialdemócratas hasta la Asociación Nacional de amas de Casa.

Esta coalición se enfrentó con éxito a la pretensión de negar el derecho al trabajo a las mujeres casadas que había sido motivado por la crisis económica de los años treinta y que hizo que todos los partidos del espectro político solicitaran restricciones al trabajo de las mujeres para favorecer el empleo de los hombres. Hasta la asociación Nacional de Amas de Casa se opuso a que dieran una jubilación anticipada con algún tipo de indemnización. Hay que tener en cuenta que en los años treinta en Europa y Estados Unidos se aprobaron leyes que prohibían contratar a mujeres casadas, embarazadas, o que tuviesen hijos. Además de la defensa del empleo de las mujeres, las organizaciones se opusieron al discurso pronatalista arrebatándoles el protagonismo a los antifeministas que defendían la vuelta de las mujeres a su papel de madres, y

usando el debate del discurso de la natalidad en Suecia como un arma muy potente para defender el derecho de las trabajadoras a ser madres. De esta forma pusieron las bases para el desarrollo de políticas en torno a la creación de infraestructuras como escuelas infantiles, horarios flexibles en el trabajo y unas bajas por maternidad-paternidad que siguen siendo las más avanzadas del mundo.

El éxito político del feminismo sueco estriba sobre todo en la defensa de un discurso integrador de los intereses de la mayoría de las mujeres y en una estrategia dual de organización. Por un lado, las mujeres utilizaron su influencia como miembros de los partidos convenciendo, entre otras cosas, a sus dirigentes de que a través de sus organizaciones disponían de un electorado movilizado que podía votar por el partido si éste apoyaba sus demandas, y en otro, formando una alianza interpartidistas para representar los intereses de las mujeres en los debates públicos y en los circuitos de tomas de decisiones. La hegemonía del movimiento la tuvieron las feministas socialdemócratas, que impulsaron la extensión del Estado de bienestar hacia nuevas áreas a la vez que aumentaban los derechos de las mujeres. Ahora en Suecia una nueva coalición de mujeres intenta consolidar una identidad compartida y una normalización que interaccione con las políticas públicas, y que defienda los derechos de participación en la representación política.

Hay que tener en cuenta que la fuerza organizativa del feminismo sueco llegó a ser enorme (en un país de 8 millones de personas, la Unión de Mujeres socialdemócratas llegó a tener 30.000 afiliados y la Asociación de Amas de Casa 23.000)

Volviendo a la multiplicidad de feminismos y al tema de mi intervención, creo que, como muestra el ejemplo del feminismo sueco, la fuerza del socialismo feminista es, desde mi punto de vista, esa posibilidad de conjugar en un proyecto coherente las políticas públicas ligadas a la redistribución y los servicios sociales, con profundización de la democracia y la igualdad de derechos. Y además articular desde este proyecto el apoyo del bienestar para la igualdad de oportunidades? ¿ Por qué la mayor distribución de la riqueza favorece a las mujeres? En primer lugar, y cito un buen resumen de Carlota Bustuelo sobre este tema, porque el estado del bienestar de la mayoría de las mujeres y la coordinación en torno a algunas cuestiones con mujeres de otras sensibilidades políticas.

¿Por qué son importantes las políticas públicas y el Estado del bienestar para la igualdad de oportunidades? ¿Por qué la mayor distribución de la riqueza favorece a las mujeres?.

En primer lugar y cito un buen resumen de Carlota Bustelo sobre este tema, porque el Estado del bienestar implica la participación de la administración en actividades y servicios relacionados con el mundo de la reproducción, que a lo largo de la historia han sido responsabilidad de las mujeres y las han impedido participar en el mundo del trabajo y en el espacio de lo público en igualdad de oportunidades con los hombres. Las escuelas infantiles, las residencias y servicios para la tercera edad, los hospitales, la ayuda a domicilio, el sistema sanitario y el educativo benefician a las mujeres no sólo como ciudadanas que tienen derecho a utilizar dichos servicios, sino como madres, hijas, esposas y amas de casas en definitivas.

En segundo lugar, las mujeres como colectivo son más pobres que los hombres, por muchas razones. Por su menor presencia en el mercado de trabajo y su peor situación en dicho mercado; por su menor acceso a la propiedad, por su vulnerabilidad derivada del hecho de ser madres. Las mujeres son, en todos los países, las más pobres entre los pobres, las más marginadas de los marginados y para comprobar esto sólo hay que analizar los datos de nivel de renta o la calidad de vida en función del sexo.

En tercer lugar, y como demuestran una vez más las estadísticas, la extensión del Estado del bienestar amplía el número de puestos de trabajos ocupados por mujeres, que acceden con más facilidad al trabajo en los servicios públicos que en el sector privado.

En esa confluencia de intereses en torno a las políticas públicas es donde convergen el feminismo con la tradición socialista clásica centrada en la igualdad de oportunidades sociales y económicas y que garantiza al mismo tiempo los mecanismos necesarios para hacer compatibles trabajo y responsabilidades familiares.

Pero también existe una confluencia y una mayor capacidad simbiótica entre las reivindicaciones feministas de libertad personal y autonomía política para las mujeres y el socialismo democrático. Los procesos de estratificación y desigualdad de las sociedades actuales no pueden reducirse a la posición de las personas en el proceso productivo, la desigualdad no sólo tiene unas raíces económicas sino que se basa además en factores y variables de tipo cultural, social, biológicos, etc., que el socialismo democrático debe incorporar tanto en su análisis de una realidad compleja como en su proyecto político para profundizar la libertad y la igualdad.

Tras el fracaso del socialismo real y las limitaciones demostradas por el feminismo autónomo, la convergencia entre el socialismo democrático y el feminismo de igualdad puede ser, como ha dicho Ramón Vargas Machuca, una fórmula para superar desde la síntesis dos concepciones culturales asociadas a lo masculino y a lo femenino: La de lo público y la de lo privado.

El entronque entre el feminismo y el socialismo puede constituir una de las fuentes fundamentales de enriquecimiento y renovación para el socialismo, no sólo en lo que se refiere a la profundización de la democracia, que también, y por eso la lucha por la democracia paritaria es tan importante, sino además en aquellos que requieren de alternativas novedosas e imaginativas debido a la evolución y a la nueva realidad social. Un ejemplo típico lo constituyen las alternativas al creciente problema del desempleo. Las feministas llevan ya años hablando de la necesidad de cambiar el concepto actual de trabajo, tanto en su consideración exclusiva como trabajo asalariado -ignorando por supuesto el trabajo doméstico y todo aquel que no se realice a cambio de un salario-, como su dimensión en el tiempo y en la vida de las personas. La crisis del desempleo que padece Europa está obligando a buscar fórmulas viables que impidan la dualización de la sociedad entre los y las afortunadas con empleo y los parados. Fórmulas como el mayor reparto del empleo existente, la revalorización del espacio privado, la inversión del tiempo en actividades de voluntariado social, etcétera,

ya no parecen tan utópicas como cuando las feministas italianas empezaron a difundir su “ley del tiempo”.

Muy recientemente el Gobierno vasco ha anunciado una serie de medidas encaminadas al reparto del empleo impulsadas desde un planteamiento que no solo incluye los objetivos de lucha contra el desempleo, sino además un nuevo concepto del trabajo y del tiempo, y una mayor calidad de vida.

Las aportaciones de feminismo respecto a la organización del tiempo, los horarios, la configuración de los servicios y de los espacios físicos de las ciudades, que responden al análisis de las deficiencias de un modelo que se basaba en la división sexual del trabajo y en el pleno empleo, pueden ser extraordinariamente relevantes, no ya para mejorar la situación de las mujeres sino la de la sociedad en su conjunto.

Por otra parte, el feminismo necesita cauces viables para proyectar y realizar sus objetivos de igualdad. Necesita instrumentar políticamente sus alternativas si no quiere verse reducido a la utopía reivindicativa. Por eso no se trata sólo de engarzar coherentemente la teoría entre el feminismo socialista y el socialismo democrático. Hay que vertebrar políticamente los objetivos de igualdad y profundización de la democracia. El feminismo llamado autónomo por su propia auto ubicación extrasistema o el feminismo de la diferencia, que rehusa por masculinos los cauces políticos existentes, se condena a la inmovilidad o al menos a la ineficacia, que al final supone la perpetuación de la realidad existente. Como demuestra no sólo la experiencia sueca, sino también la española reciente, trabajar desde y con los partidos políticos seguramente no es suficiente pero desde luego es absolutamente necesario.

Bien, hasta aquí y desde la tesis de que existen diferentes feminismos, he defendido la síntesis que supone el feminismo socialista como el marco con mayor potencial para dotar de coherencia y eficacia los objetivos de igualdad y emancipación de las mujeres. Creo que además, y como he expuesto anteriormente puede ser la opción hegemónica que en coordinación con otras aglutine y represente los intereses de la mayoría de las mujeres.

Como también he dicho ya, y eso responde a una de las preguntas formuladas en la discusión que plantea este seminario, creo que sí existe lo que podríamos llamar un feminismo de derechas o mejor dicho un feminismo de tradición liberal que se orienta hacia la libertad política de las mujeres. Sin embargo, el feminismo liberal que defiende la igualdad de oportunidades tiene el problema de la distancia entre la igualdad de derechos y la tozuda realidad de la desigualdad en los hechos. Transformar la realidad implica por ejemplo enfrentarse a las necesidades de las mujeres trabajadoras para hacer compatibles el trabajo asalariado y las responsabilidades familiares, por un lado, y por otro a los privilegios masculinos, a las relaciones jerárquicas de dependencia de la dominación masculina.

Hay además en España una historia peculiar que probablemente diferencie los perfiles del movimiento feminista de nuestro país del de otros países europeos. El movimiento feminista en España tiene sus raíces lejanas en la historia de la Segunda República, y

crece y se desarrolla en la resistencia al régimen de Franco y a la ideología del nacional-catolicismo.

Como se describe en uno de los primeros libros escritos sobre el feminismo en nuestro país que acaban de publicar Inés Alberdi y Pilar Escario, el feminismo surge, crece y se desarrolla en la transición a la democracia, forma parte de ella y de la oposición a la dictadura: se alimenta de los mismo debates y luchas que el conjunto de la oposición a la dictadura y se consolida en una serie de logros que cristalizan en los años ochenta. Aunque como señalan las autoras antes citadas, “la gran efervescencia de grupos de mujeres dificulta la clasificación de todas las organizaciones de mujeres, por ideología, reivindicaciones o adscripción política”, se puede con ellas hablar de tres corrientes:

1. El “feminismo socialista”, más vinculado con los movimientos políticos y las luchas sociales. Esta corriente se identificaba con los partidos políticos de izquierda y admitía la doble militancia.
2. El “feminismo radical”, que apoyaba a los grupos feministas enemigos de cualquier vinculación a partidos. No admitía más que la militancia única en los grupos feministas porque consideraba el feminismo como una alternativa global, aunque defendía en “entrismo” para expandir sus planteamientos dentro de los partidos.
3. Finalmente “ la tercera vía”, que integraba a los grupos feministas que no estaban especialmente vinculados a ningún partido político pero que admitían la doble militancia, por lo que muchas mujeres que trabajaban en ellos eran también militantes de partidos políticos.

El feminismo, entonces, se dibujó en dos alternativas que incluían la lucha para cambiar las estructuras sociales desde fuera o la participación en esas estructuras para cambiarlas desde dentro.

Sin embargo y dado el origen del movimiento, en la oposición al franquismo, ni los grupos organizados, ni las grandes tendencias ideológicas dentro del movimiento tenían nada que ver con la derecha política.

Los partidos políticos de izquierda incorporaron, siempre con dificultades y problemas, reivindicaciones del movimiento a la vez que captaban también líderes y militantes. Sin embargo, y con algunas excepciones correspondientes al periodo del gobierno de la UCD, la derecha política no fue capaz de incorporación alguna. Defensora de la moral y la familia tradicionales, y demasiado endeudada a la Iglesia Católica, la derecha en este país se ha enfrentado una y otra vez a los planteamientos que las feministas intentaban hacer que aceptaran los partidos de izquierda, como el aborto, las cuotas de participación política o las acciones positivas.

La creación del Instituto de la Mujer en 1983 fue el resultado de la presión de las mujeres feministas en el partido socialista, y significó la vinculación de una parte del movimiento al Estado y una opción de participar y utilizar las instituciones para avanzar en la lucha por la igualdad. La valoración de lo que significó esta opción es

desde mi punto de vista enormemente positiva, porque permitió logros que desde el rechazo al poder no se hubieran conseguido.

Otro frente en el que el feminismo socialista ha sido, como sabemos, especialmente beligerante, ha sido el de la democracia paritaria. A pesar de las dificultades y desde el año 1987, la participación de las mujeres en el Parlamento se ha ido incrementado paulatinamente y también en este terreno las feministas de izquierda han tenido en contra, además de la resistencia de la mayoría de sus compañeros varones, la de las mujeres de derecha.

Charla del Compañero Guillermo Estévez Boero

Rosario, 27 de noviembre de 1999.

Escuela de Formación Política del Partido Socialista Popular – Federación Santa Fe

Compañeras, compañeros, una gran satisfacción estar aquí con ustedes hoy, y trataremos de decir algunas cosas para generar una segunda parte de debate, de preguntas, de intercambio de ideas, después de terminar la charla mía.

Estamos en un momento en que realmente se hace complejo abordar estos temas, y sobretodo también lógicamente respetar el espacio de los temas que otros compañeros tienen que desarrollar. Porque estamos viviendo una etapa de un gran revoltijo de ideas ¿no? Algunos han dicho que era la etapa del fin de las ideologías, sería el fin de las ideas, lo cual es una monstruosidad pero estamos en una época en que las monstruosidades se dicen, circulan, se difunden, hacen best-sellers. Y por otra parte también hay una gran revisión y un gran debate: tercera vía, cuarta vía, quinta vía. Todo esto lleva a una gran controversia, que de la forma en que se hace muchas veces no ayuda a aclarar absolutamente nada, como esta última reunión que se hizo en Florencia, hace pocos días, con la presencia de los principales líderes de la Socialdemocracia europea, del propio Clinton y del presidente del Brasil. En realidad éste es el esquema de aplicación, la vía instrumental, de lo que se llama la Tercera Vía. Pero esto será más bien tema de otras charlas de otros compañeros.

Yo creo que lo importante es que nosotros sepamos que el socialismo no es un dogma. Y el año pasado se cumplieron 150 años del Manifiesto Comunista. Manifiesto Comunista que hace una gran reivindicación de la ciencia, por ende, de la razón. Y Manifiesto que, en algunos puntos, se va de la realidad. Su gran aporte fue científicamente describir la evolución del sistema capitalista en aquel momento: 1848. Pero hay partes que se pasan, donde la sucesión de capitalismo y socialismo, dice, se ha de producir “inevitablemente”. Y han pasado ciento cincuenta años y el “inevitablemente” ausente con aviso. Entonces este dogmatismo fue el que llevó al fracaso de la Unión Soviética. Porque se consideró que todo era un proceso, aunque los analistas dicen que en realidad los marxistas, llamando así a los comunistas ortodoxos, desarrollaron los pocos errores de Marx y no los aciertos de Marx. Porque también Marx dice, en una oportunidad, que no se puede construir el socialismo como quien construye una vía ferroviaria. Porque este razonamiento de la ciencia, de lo inevitable, es un razonamiento que deja al hombre al margen, que considera al hombre como subproducto de un proceso. Considera al proceso como la cosa central, del cual se producen determinados tipos de hombre. Pero no comprende que la realidad es otra y que el centro es el hombre. El hombre es el que determina el proceso, y no el proceso el que determina mecánicamente al hombre. Aunque tenga incidencia la inserción del hombre en las relaciones de producción, y en su forma de pensar esté afectado en parte por eso, no está totalmente determinado por eso.

Entonces hay que tener una gran amplitud para entrar a analizar esta problemática, no a ver quién gana, si Tony Blair o Jospin, sino en ver cómo es la realidad, y fundamentalmente nuestra realidad, que no es la realidad ni del uno ni del otro de los mencionados. Acá se ha dado también, en América Latina y en los demás países de los que se llamó del Tercer Mundo, un gran debate inicial, a principios del siglo, con la

Revolución Rusa, a la cual Justo, entre paréntesis y yendo a lo nuestro, no adhiere, y condena el dogmatismo, la falta de libertad. Entonces en estos países se da un importante debate: si era posible o no el socialismo en estas tierras. Y por este tema hay una discusión con Enrico Ferri, socialista italiano, que cuando vino a Buenos Aires en 1909 polemizó con Justo por esto, ya que planteaba que el socialismo no podía existir en esta parte del mundo. Claro, porque en una aplicación dogmática viene el industrialismo, la clase obrera y viene la toma del poder. Entonces en países coloniales, agrícola-ganaderos, de incipiente industrialización, no se podía aplicar ese esquema, y en consecuencia el socialismo no se podía aplicar. Este fue el tema de una polémica muy importante entre Víctor Raúl Haya de la Torre y Juan Carlos Mariátegui en Perú. Y realmente, aunque a nosotros mucho tiempo nos ha parecido más simpática la propuesta de Mariátegui, que era la más lineal, aunque no era tampoco un calco total de la europea, el que vio la posibilidad de la generación de un movimiento que llegara al socialismo en nuestras condiciones, fue en realidad Víctor Raúl Haya de la Torre.

Entre nosotros, el socialismo tiene diversas raíces. Está el Dogma Socialista de Echeverría, anterior al socialismo científico, y se basa mucho en el trabajo del socialismo utópico. En realidad, el propio Manifiesto, al sustentar cosas como la existencia de clases, la lucha de clases como motor de la historia, desarrollaba un planteo de los utopistas, que también habían planteado la existencia de clases. Tomás Moro, Campanella y otros, ya habían planteado la existencia de clases. Y Palacios, en su gran obra "Esteban Echeverría, Albacea de Mayo", encuentra, siguiendo a Justo que ya lo había planteado, raíces socialistas en el trabajo de Echeverría, y también en algunas posturas de la Primera Junta de la Revolución de Mayo. Justo, como ustedes saben es un gran estudioso de Marx, traduce "El Capital", que es un trabajito regular, pero acepta también otros planteos, como los de Kautsky y Bernstein, que tienen otra amplitud respecto de lo ortodoxo de Marx.

A fines del siglo pasado llega a la Argentina una masa extraordinaria de inmigrantes. Y muchos de estos inmigrantes tienen ya una formación socialista, han actuado en sus países en partidos, en grupos socialistas, y de entrada se nuclean por nacionalidades. Y Juan B. Justo, que es una gran mentalidad y una gran voluntad, estaba en ese momento desarrollando la Medicina, la Cirugía, donde fue el primero en realizar algunos tipos de cirugías craneanas en el mundo, con una tecnología que fue después difundida, así que estaba en un nivel excepcional. Trajo al país también todo lo relacionado a la asepsia. Pudo hacer operaciones sobre todo de articulaciones que antes estaban condenadas a la infección, al fracaso. Pero un día viajando y en contacto con las ideas socialistas de Europa, y viendo la realidad de carne y hueso de los hospitales, claro, se hace el gran cuestionamiento: 'Yo me paso curando gente que esta sociedad arbitraria, injusta, explotadora, la devuelve al hospital al poco tiempo o la mata. Entonces, más que curar al enfermo tenemos que modificar lo que produce la enfermedad, que es el sistema social.' Y con una gran decisión, en los últimos años del siglo pasado, se presenta solo a convocatorias de trabajadores para ver lo que se puede hacer. Y Justo es un gran pedagogo, tiene una formación de una gran humildad. Y estos trabajadores confían en él, que podrían haber desconfiado, lo lógico sería que no confiaran en él, ¿quién es este doctor con sombrero, que viene acá a hablarnos de lo que tenemos que hacer nosotros? Y sin embargo confían en él y así

se van reuniendo los grupos que se habían unido por nacionalidades, hasta constituirse el Partido Socialista en el año 1896.

Era otro tiempo, pero era muy difícil también. Justo si hubiera tenido este auditorio, hubiera estado en la gloria, muchas veces tenía tres, cuatro trabajadores que llegaban una hora después de la que se había citado a la reunión. Y él se quedaba esperando, con sus apuntes, con sus papeles. Él podría haber ido a guitarrear fácilmente, sin embargo tenía la responsabilidad de llevar sus análisis preparados para demostrar los puntos que afirmaba el socialismo y que él quería desarrollar. Fundamentalmente, su planteo era convencer a los trabajadores de la acción política, de la necesidad de llevar trabajadores al Parlamento, de que esto pasaba en Europa, de que había que ir a discutir las leyes, la organización de la sociedad había que ir a discutirla, y para eso era necesaria la acción política.

José Aricó, que fue un gran militante fallecido hace pocos años, estudió mucho a Justo. Este José Aricó era una figura brillante de la Juventud del Partido Comunista en la Argentina, compañero de Portantiero, que terminó su vida abruptamente por una enfermedad trabajando sobre los papeles de Justo y reivindicando los aportes de Justo a la concepción socialista en nuestro país. Y él nos dice que Justo no se concibió a sí mismo ni a su partido como marxista, sino como socialista que encontraba en Marx, pero también en otros pensadores, un conjunto de ideas y de propuestas útiles para crear en la Argentina un movimiento social de definido carácter socialista. La síntesis de los conocimientos aportados por la ciencia y de los que derivan de la propia experiencia del movimiento se constituirían en una guía para lograr una sociedad socialista. Este Partido fue creciendo, con esta labor, de ir a hablar y debatir con tres trabajadores, con cuatro, con cinco; de levantar tribuna en los barrios obreros, con cinco personas que escuchaban de lejos, y seguir el mensaje, no había televisión. Y este Partido logra en 1904 llevar a Palacios al Congreso de la Nación. Fíjense ustedes en un detalle: la generación del Partido no se puede hacer sin amplitud. Palacios era un recién venido al Partido y es su primer diputado, porque así daban las condiciones de la votación en la Boca. Pero además Palacios venía de centros obreros católicos, de allí se había pasado al socialismo, pero con pensamientos y modalidades muy particulares, que no eran la ortodoxia del Partido. Y sin embargo fue incorporado por el Partido y se transformó en uno de los grandes difusores y realizadores de la obra y el pensamiento socialista en nuestro país. Por eso lo que dice Justo sobre la amplitud del Partido, sobre la democracia en el Partido y sobre la necesidad de respetar la individualidad. Lo orgánico del Partido, su eficacia, está en la disciplina de cumplir lo resuelto democráticamente por su mayoría, pero no está en la inexistencia de compañeras y compañeros que piensen diferente. Si destruimos, nos dice Justo, la identidad, destruimos la potencia generadora vital del Partido, la generación de diversas ideas, de diversos puntos de vista. Entonces tiene un largo párrafo en la defensa del respeto de la identidad de la afiliada y del afiliado. Como quién diría, bueno, el mantenimiento de la célula viva, sin la cual no hay producción.

Entonces, este Partido crece, este Partido llega a ganar las elecciones en la Capital Federal, y se va dando todo un proceso, donde el Partido va creciendo con dos criterios fundamentales: la defensa irrestricta de los derechos de los trabajadores y la

democratización de la práctica política, que en el país era tremenda: dicen que un día fue a votar Justo, ni lo dejaron votar a él, le dijeron que ya había votado. Y el Partido sacaba en las elecciones ciento treinta votos, ciento ocho votos, en Capital, elecciones manejadas por el fraude.

Ocupa un gran espacio en el pensamiento de Justo el tema de la educación, de la capacitación. Y quienes han profundizado el tema, encuentran una gran similitud, a pesar de las diferencias a través del tiempo, entre la vocación modernizadora y educativa de Sarmiento y la vocación modernizadora y educativa de Juan B. Justo. Fundamentalmente los programas mínimos del Partido se resolvieron sobre conquistas laborales, en primer lugar la jornada laboral; la responsabilidad de los patrones sobre los accidentes de trabajo; la abolición de los impuestos indirectos, sobre los cuales seguimos trabajando, el otro día hemos presentado los socialistas un proyecto sobre esto; el gravamen a la riqueza; una cosa importante que hemos planteado siempre y nunca hemos logrado que fuera aceptada: la revocabilidad de los representantes electos, es decir, un mecanismo para que democráticamente la gente pueda revocar el mandato de quien considera que no está cumpliendo con las plataformas con las cuales fue a elecciones; instrucción efectiva, laica y obligatoria; autonomía municipal; justicia a través de jurados elegidos por el pueblo y abolición de la pena de muerte.

Justo planteó en largos debates la jerarquización de la actividad parlamentaria, y condenó el uso de la violencia, por eso hubo un debate permanente con los anarquistas y los comunistas por parte de los socialistas. Y Justo creía en la concientización, en la madurez, de los trabajadores para alcanzar una nueva sociedad más equitativa e igualitaria, y no en un golpe de mano del poder. Porque le faltaba el contenido: ¿Después qué hacía el poder sin la existencia de masas concientizadas acerca de lo que había que hacer en la nueva sociedad? Y él jerarquizaba sobre todo la acción política, la política por sobre la violencia. Además, como lo dijo Alejandro Korn, el socialismo aporta a la práctica política algo inexistente antes de su aparición, que es la ética. Y esta es una diferencia sustancial que hace a su esencia. Las otras prácticas políticas son de logros a cualquier precio, a cualquier costo, por cualquier vía. El socialismo tiene una ética, tiene valores que estas organizaciones restantes no tienen. Y esta es la realidad de la 'política criolla' a la que refería Juan B. Justo.

Juan B. Justo planteó el tema de la nacionalización de forma muy insistente. Su reclamo permanente era que los trabajadores inmigrantes se nacionalizaran. Grandes campañas públicas por la nacionalización. Claro, la realidad es que estos trabajadores, sin ser nacionalizados no podían participar en la lucha política. Pero en el núcleo, en este Partido, en todo su pensamiento hay una debilidad de enfoque del problema nacional, hay una debilidad en pensar el país en su globalidad, sin comprender que en un país no realizado, que no cumpla determinados requisitos de organización económica, de independencia, etc., no pueden concretarse realmente las reivindicaciones sociales. En las colonias no hay educación para todos, no hay salud para todos, no hay protección social para nadie, o sólo para muy pocos. Entonces éste va siendo un flanco que va quedando y se va agrandando a medida que transcurre el tiempo.

La tragedia argentina se inicia con el golpe del '30. A partir del '30 se quiebran dos proyectos existentes en el país: el proyecto liberal de la generación del '80 y el proyecto socialista. Los dos quedan quebrados en el '30, que no solamente era la fantochada de un general, sino que tiene un profundo contenido ideológico conservador. En el '30 nace el revisionismo histórico, que entra a discutir fundamentalmente el rol de las masas en los tiempos anteriores, que entra a desechar como no nacionales las ideas tanto de un lado liberal como de un lado socialista. Todo esto comienza a desarrollarse en el '30. El propio Partido Socialista tiene una profunda escisión con los socialistas independientes que encabeza De Tomasso, y que terminan adhiriendo al golpe y al gobierno de Agustín Justo, que es el que continúa institucionalmente al golpe de Uriburu. Entonces este cuerpo escindido, este cuerpo que desde mi punto de vista está debilitado por la falta de una fuerte propuesta nacional, queda disminuido de una manera tal que no se recobrará más. Y después de pocos años se da el golpe del '43 que da toda una legislación social, y evidentemente plantea un proyecto nacional, y cautiva la adhesión de una inmensa mayoría de los trabajadores, incluso de muchos socialistas, que como en toda la vida, desde que el hombre es hombre en nuestra corta historia sobre el planeta, dicen: 'Bueno, es momento de realizar ¿No?' Algunos lo pensaron con Menem, otros lo han pensado con Perón, y no se ha realizado ni con Menem ni con Perón, ni se va a realizar. Porque este es un proceso que no se da porque sí.

Y este socialismo va generando dos posiciones. Una posición abierta, que es la que lidera Alfredo Palacios, que había estado preso, que había estado exiliado, que no había sido simpatizante, ni perdonado, ni considerado por el peronismo. Pero tiene una comprensión frente a la masa peronista, hay una explicación frente a la postura peronista, de esa masa, y en cuanto a la responsabilidad de los dirigentes, que es de otro nivel y de otra jerarquía, de otro nivel de responsabilidad. La doctora Alicia Moreau de Justo está con Palacios en esta postura, Muñiz y otros tantos. Y se genera acá en Rosario en el año '58 en el Círculo Católico de Obreros de la calle Entre Ríos, el Congreso en el que se dividen con el otro sector de Repetto, Ghioldi, etc. Y surgen los dos partidos: Socialista Argentino y Socialista Democrático. No sólo con diferencias frente a la interpretación del Justicialismo y a la valoración de su gente, sino también en política internacional, el Socialismo Argentino tiene una fuerte postura antiimperialista que no tiene el Socialismo Democrático. Y así estos partidos van disminuyendo sus fuerzas, su representatividad; el Partido Socialista Argentino con un número infinito de divisiones y de escisiones, en parte por la proyección de la Revolución Cubana, en parte por diversas teorías insurreccionales, etc. Y el Partido Socialista Democrático mantiene su postura, se va achicando, no tiene escisiones. Llega el momento en que nosotros también concurrimos al Socialismo Argentino conjuntamente con otros sectores, para reformular al Socialismo Argentino, que tiene que cambiar su nombre por el de Partido Socialista Popular, porque una dictadura militar prohibió el aditamento de 'argentino' o 'nacional' a los nombres de los partidos políticos.

Claro, este irracional antiperonismo del Socialismo Democrático lo lleva a adherir al Proceso, y su principal hombre termina siendo embajador del Proceso en Lisboa, Américo Ghioldi; y después el Secretario General que lo sucede también continúa con el cargo de Embajador. Terminado el Proceso, tiene este Partido un cambio de

conducción, la asume un gran patriota y un gran socialista, que fue Francisco Passini, que lamentablemente es desplazado por su edad de la Secretaría General, y que era un hombre que realmente apostaba por la construcción de un Partido Socialista único, y que lo hubiera llevado a cabo, con una gran amplitud y con una gran comprensión.

Hay que comprender que el socialismo no es un sistema. El socialismo es un conjunto de valores, que a través de la historia se va aplicando a cada momento, se va aplicando en cada circunstancia. Y también algo que se dijo acá, que se habló, que es el tema de la pasión política. Esto para nosotros es esencial, la pasión política. Tiene que haber pasión. Pero la pasión no tiene sus raíces en la ciencia, sino en la utopía, en el ideal. Y no hay lucha socialista sin utopía y sin ideal. Esto hay que comprenderlo. El socialismo hace muchas veces a la posibilidad de la concreción de la utopía, del ideal, como resultado de la pasión de la gente, de que hemos sabido llegar a la comprensión de la gente, que la hemos sabido movilizar. Y esa gente movilizada tras un ideal es una fuerza transformadora incalculable, mucho más allá de lo que puede estudiar la gente. Por eso es necesario avanzar con las dos piernas del socialismo: con la ciencia y con el ideal, con la utopía de un país diferente, de una ciudad diferente, de un barrio diferente. Y esto es posible, y se ha demostrado muchas veces que esto es posible.

Ahora, para terminar, dos cositas. El hombre es el hombre. Esto parece una perogrullada, pero no es así. El hombre no es una ficha, no es un número. Y ese hombre está alimentado por su pasión, por su voluntad puesta al servicio, políticamente hablando, de un ideal. Entonces cuando nosotros nos burocratizamos, y decimos: 'en este barrio no hay que hacer nada más porque ya todos tienen tal número de calorías, están las cloacas bien, la escuela bien, los juegos infantiles bien, no hay que hacer nada más.' Ahí comienza nuestra debilidad. Que era un poco, por lo menos yo lo entendí así, lo que decía el compañero de 'hacer lo de ayer'. Barremos otra vez hasta la vereda, limpiamos los vidrios, cerramos: listo, a las cinco de la tarde nos vamos. Así no se gobiernan las sociedades humanas, que quieren una convocatoria para canalizar su ideal, su utopía, su pasión. Y como esta pasión existe, si no la canalizamos nosotros la canalizan otros. El Socialismo Austríaco es muy orgánico, cumple con todas estas pautas, todo limpio, todo lindo, a las cinco de la tarde y se van. Viene la derecha y te gana, llegó a las cinco y cinco, cuando ya estabas descansando porque ya habías hecho todo lo que estaba en el reglamento y no tenías más nada que hacer. Y los suizos también son muy orgánicos: viene la derecha, y les pasa lo mismo. Es decir que cuando somos decentes, eficientes, organizados, pero caemos en una cosa que yo llamo 'modorra burocrática', ¡sonamos! Porque dejamos de representar el futuro, el avance, la pasión por crear otra cosa, por imaginar otra solución, por generar mejores condiciones. Y la gente no se queda amorfa, sino que busca donde canalizar esa pasión. Y la canaliza en otro que los convoca, con otras llamadas, sin ética, con lo que quieras, pero posibilita la canalización de esa pasión que nosotros hemos dejado apagar, muchas veces por falta de imaginación y muchas veces por comodidad. Y esto es lo que está pasando en algunos lados, y esto es lo que tenemos que tener en cuenta que no nos pase a nosotros. Esto es importante.

Y otra cosa importante es que, como no podemos ser dogmáticos, tenemos que partir de la realidad. El socialismo ha sido el partido del avance, del progreso, de nuevas formas de vida, de nuevas formas de organización social. Y el Partido ha sido, por eso viene su unidad con la ciencia, porque ha sido el que está al tanto del avance de la ciencia para ponerla al servicio de la gente. Lo que ha pasado en las últimas décadas (esto es un tema para la última charla, pero les dejo una puntita yo, porque también hace a lo que pasa cada día en una ciudad, en un pueblo, en un barrio) es que nos hemos quedado acostados nosotros en el pasado, en las pajas del Estado de Bienestar. Todo estaba bien, firma, ficha, afiliado, el sindicato, lo social, el Estado. Pero la técnica y la ciencia fueron avanzando, las formas de producción fueron otras. Un avance científico brutal en transporte y en comunicaciones que nos cambiaban la realidad. El socialismo, en vez de estar cabalgando sobre el avance de la ciencia y decir: 'Bueno, esto nos va a permitir generar este tipo de solidaridad, este tipo de trabajo, este tipo de organización social más equitativa, más solidaria', decimos: 'Che, no molesten, seguimos como estábamos antes, ¿adónde vamos con esto?' Y los sectores monopólicos, ellos sí tenían planes que nosotros no teníamos. Y por eso ellos manejan la globalización. Y si acá viene un avance en cualquier aspecto de la vida ciudadana, el socialista tiene que estar a la cabeza del avance, orientándolo a lo social, a la equidad, a la solidaridad. Y si porque nos rompen el esquema viejo que teníamos, o nos obligan a modificarlo, pretendemos negarlo, lo va a tomar la derecha en su beneficio. Y vamos a tener que salir a correr de atrás, como estamos corriendo ahora de atrás el proceso de la globalización. En buena hora que nos hemos dado cuenta de que tenemos que empezar a correrlo, porque si no estamos cada vez más lejos de algo que es irreversible.

Entonces nosotros tenemos que estar a la vanguardia del pensamiento. Para eso hay que estudiar, para eso hay que capacitarse. El socialismo por su concepción filosófica dijo: Tengo que educar al obrero para que el obrero sea protagonista, comprenda lo que pasa, y sea protagonista del cambio; tengo que educarlo, tengo que llevarle libros, tengo que hacer conferencias, tengo que hacer dibujos. Muchas veces en etapas de la historia, como en la Francia de la Comuna, estaban de moda los caricaturistas como Honoré Daumier ¿Por qué? Porque la gente era analfabeta, entonces al periódico de caricatura, a la caricatura, la entendía la gente. Por eso el valor de las caricaturas de Daumier y de tantos otros caricaturistas progresistas y socialistas, que denunciaban la explotación, la matanza de toda esa época, por eso su popularidad. En ese entonces, el único que entendía que había que capacitar al trabajador, era el socialismo de Juan B. Justo. Hoy no estamos solos en esta idea, hoy la derecha juega la misma finalidad. Sabe que el manejo de la sociedad en gran parte, y sin ser yo un absolutista del conocimiento ni mucho menos, pero en gran parte está determinado por el conocimiento. Entonces, cuidado, que ya no somos los únicos descubridores de la incidencia de la capacitación. Está la otra parte enfrente que la practica muy eficientemente y muy orgánicamente, como la practica el gobierno español. A pesar de lo que nos parezca a nosotros, va gobernando con éxito innegable a España. Y si ustedes analizan la política europea los van a ver jugando una posición muy equilibrada. No están con los conservadores de Europa en estas últimas elecciones del Parlamento Europeo, no están boicoteando a los comisarios socialistas que llevaba Prodi a la Comisión de Europa, que eran intachables: a estos comisarios socialistas no

los tocaron, no los cuestionaron. Entonces tengamos esa visión de que lo que no estamos haciendo nosotros lo está haciendo la derecha, y muy eficazmente.

Así que estas tareas de capacitación, que yo me felicito porque estén acá, que se inicien aquí, esta inauguración es importante y estoy muy contento de estar acá, pero lo importante es que el año tiene trescientos sesenta y cinco días, y como dijo Simón Peres, y con esto termino: si al hombre se lo puede educar y acostumar a que tiene que comer tres veces al día, al socialista tenemos que educarlo en que tiene que leer todos los días.

Muchas gracias.

Respuestas a las preguntas de los compañeros:

Acerca de los motivos que nos llevaron a participar.

En realidad, nosotros venimos originariamente de las filas del movimiento universitario. Y lo que pasa es que el movimiento universitario en nuestro tiempo tenía permanentemente posiciones acerca de los grandes problemas políticos y sociales del país. Nosotros no entrábamos en cuestiones partidarias desde el movimiento universitario, pero frente a problemas importantes era casi obligatorio que la Federación Universitaria regional, así como la Federación Universitaria Argentina, tuviesen una posición. Les digo por ejemplo: el caso Oviedo. El movimiento universitario frente a un caso como este tenía indefectiblemente su postura. No tomaba posturas frente al tema de la tarjeta magnética, por ejemplo. Pero sí frente a la situación de la intervención o no en Corrientes, o el resultado electoral de Jujuy. Es decir, frente a hechos importantes, de universalidad para la situación nacional, teníamos posturas. Entonces la problemática nacional a nosotros no nos era ajena, convivíamos con ella desde muchos años los militantes universitarios. Y por otra parte, con respecto de por qué participar en el Socialismo en particular, ya en el año '52 se había producido otra escisión, que diríamos fue un anticipo de la del '58. En el '52 se hizo un Congreso del Partido Socialista en Mar del Plata, donde hubo una escisión que encabezó Dardo Cúneo (que por suerte está a sus 82 años en plenitud de sus facultades mentales y físicas) producto de sus diferencias con la conducción partidaria que apoyara el golpe de estado del '55. Previamente al golpe se produjo el bombardeo de Plaza de Mayo, y como réplica al bombardeo se produjo el incendio de varias iglesias y de la Casa del Pueblo. Entonces la postura nuestra en un periódico de Acción Socialista de aquel entonces estaba en una editorial titulada: 'Ni bombas ni incendios'. Era otro el camino que planteábamos. Al producirse la escisión en el '58, evidentemente quedó una parte del Partido encabezada por Palacios y la doctora Alicia Moreau de Justo con posturas y posiciones totalmente afines a la nuestra, lo que posibilitó un incremento de la relación con este sector y una militancia que fue culminando en la incorporación de todos nosotros a lo que había sido el Partido Socialista Argentino.

La derecha y el ámbito de lo privado.

No tengo muy en claro la pregunta, tampoco quiere decir que tenga clara la respuesta. Pero yo creo que hay una derecha tradicional que tiene una concepción muy retrógrada desde el manejo de lo privado, pero también hay una concepción que no es tan retrógrada en el manejo de lo privado, y que tiene una serie de pautas de modernidad en su manejo. No nos creamos que vamos a encontrar ahí un pensamiento medioeval porque nos vamos a equivocar. Y también esto se refleja en el problema de la relación entre los géneros, donde hay una amplia participación de la mujer, por ejemplo, en el gobierno de España, en los cargos ministeriales, etc. No pensemos que estamos frente a un manejo de otro tipo de derecha. Este tipo de derecha es más inteligente, está más modernizada y por eso es más peligrosa.

Cómo generamos los consensos con otras propuestas en el año '73.

Este es un problema que hoy lo tenemos acá vigente también, de una concepción del quehacer político. Hay una concepción del quehacer político que pone el objetivo en realizar todo lo nuestro y en aniquilar al que no coincide con esta posición. Esto históricamente se ha demostrado que es absurdo, que hay un peso de la mayoría, que podemos ser mayoría, pero no podemos aniquilar ni dejar de considerar a la minoría, que es parte de la realidad. Porque en definitiva si no reconocemos la existencia de la minoría como parte de la realidad, lo que efectivamente pasa es que estamos desconociendo la realidad. Y en la rueda de la historia siempre gana la realidad. Entonces el final de la República de Weimar, que fue una república socialdemócrata, terminó en una confrontación a muerte entre socialistas y comunistas. Y el resultado de esta confrontación fue el nazismo, con millones de muertos para la humanidad. Para comunistas y socialistas no había un peligro nazi, había la necesidad de liquidar al otro. Y este fue el resultado de esta política: la posibilidad del surgimiento del nazismo, con lo que significó para la humanidad.

Entonces tenemos que aprender. También en España, en la época de la República, en el Frente de Madrid, me contaban unos viejos compañeros, prácticamente no había bajas comunes: todas las bajas eran calificadas, todos los muertos eran oficiales. Porque se mataban entre ellos, el oficial anarquista mataba al oficial comunista, el oficial comunista al oficial trotskista, el oficial trotskista al socialista, el socialista al anarquista; y esta era la lista de bajas de todos los días del Frente de Madrid. Como resultado de esta concepción, de la confrontación, España terminó con Franco en el poder durante décadas. Y ellos aprendieron con una gran lucidez lo que no aprendimos nosotros: la necesidad del consenso. Y esa España produjo lo que no supimos producir nosotros, que muchas veces planteó el Partido: los pactos de la Moncloa, donde hubo un acuerdo total, desde los comunistas hasta los sectores más reaccionarios que actuaban en la política española. Y se lograron los acuerdos de la Moncloa, y se reunieron con la necesidad y la convicción de que tenían que llegar a un acuerdo. Y si no llegaban a un acuerdo no había posibilidad de futuro.

Y la misma posibilidad fue percibida por los chilenos, que llegaron al gobierno de la Concertación, sabiendo la carga negativa tremenda que había tenido Frei, el padre del actual Presidente, en el derrocamiento y la muerte de Salvador Allende. En realidad le habían hecho el juego al golpe. A pesar de eso y de los muertos, hubo una capacidad

de llegar a constituir un movimiento de Concertación, que si no se hubiera constituido, todavía estaría el régimen militar en Chile.

Por eso el Partido ha sido vanguardia en esta interpretación de la historia, que es la correcta, y que viene planteada desde otras latitudes también. Están los Frentes Populares de Europa para resistir al nazismo, desarrollados principalmente por el búlgaro Georgi Dimitrov. Y está el Frente Único Antijaponés, desarrollado en China por Mao Tsé-tung, con ejemplos que nosotros no conocemos y menos aplicamos: a pesar de la lucha antijaponesa dentro de las fuerzas chinas había un antagonismo brutal. Y el antagonismo era con Chiang Kai-shek, que fue después el que montó la escisión de Taiwán. Un día Chiang Kai-shek cae preso de los japoneses. Acá hubiéramos dicho: "¡Que Dios te ayude!" Pero esto no ayudaba a la causa de la unificación del pueblo chino en la lucha antijaponesa. Y Mao Tsé-tung mandó a su mejor hombre, realmente un príncipe del conocimiento y de la militancia, como fue Chou Enlai, a liberar a Chiang Kai-shek, a encabezar las negociaciones por la liberación de Chiang Kai-shek, enemigo acérrimo de Mao Tsé-tung, que terminó creando la escisión de Taiwán. Pero también se terminó por hacer la revolución china en el '49 y con la derrota del Japón.

Entonces lo de hoy es crear consensos para generar un escenario mejor, un escenario más próximo a nuestro pensamiento, un escenario más favorable a nuestras propuestas. No es generar consenso para aplicar de cajón todas las propuestas nuestras.

Hoy que se dan los grandes debates, equivocadamente, porque no son los grandes debates. El gran debate no es Llach, el gran debate es consolidar el funcionamiento institucional, que lo sacamos con las uñas de que cayera en Colombia. Y si se hubiese hecho caso al Partido cuando planteó el Frente del Pueblo frente a la dictadura, la dictadura hubiera caído mucho antes. Y el Partido no lo hacía porque el Partido era insignificante, no lo impulsaba para lograr el tercer o cuarto puesto en la lista de diputados, lo hacía como una propuesta de emancipación para la nación, que recién después de mucho tiempo la Multipartidaria fue comprendida por los radicales y justicialistas. Y ahora el Partido posibilitó en el '95 la primera Alianza del país, en nuestra provincia, para salir a dar la batalla. Y tuvo que pagar los precios, y hubo que dar lugar en las listas, la mayoría, la minoría, Mongo Aurelio. Porque si no, no salía. Y lo importante era que saliera esa Alianza, y también planteamos con anticipación la Alianza a nivel nacional.

Entonces el planteo de la política contemporánea, que no es la aniquilación del otro, sino la generación de un escenario más favorable, para acercar nuestro punto de vista, sigue siendo exacto y está justificado históricamente.

La actitud frente a la globalización.

También es un planteo del Partido de hace años, que va avanzando lentamente. Nosotros tenemos que tener dimensión de los tiempos, ¿no? El tiempo de la historia no es el tiempo nuestro, el de nuestra vida. Es diferente. ¿Qué viene planteando el Partido hace años?: La institucionalización de la globalización. La democratización de la globalización, es decir la creación de organismos más democráticos, más

representativos, que regulen los fenómenos de la globalización. Fundamentalmente los flujos de los capitales. Bueno, y esto va avanzando. Esto lo decíamos hace cinco o seis años solos. Hoy, el Congreso de la Internacional de París ha planteado esto como objetivo. Hasta Tony Blair acepta esto, que tiene que haber una regulación, que tiene que modificarse el Banco Mundial, que tiene que modificarse el Fondo Monetario Internacional, que son los organismos creados por el Bretton Woods después de la Segunda Guerra Mundial. Y que estos organismos tienen que incorporarse a Naciones Unidas con un manejo más democrático. Entonces, se va avanzando aunque hay muchos intereses, muchas formas de ver. También la necesidad de explicarle a la gente y de enseñarle a la gente la importancia de estos planteos. Estamos planteando la modificación de la Carta de Naciones Unidas, la democratización de Naciones Unidas, la ampliación del Consejo de Seguridad, la limitación de los efectos del derecho de veto.

Pero fíjense ustedes que en el año '52, hace un tiempito, ya planteábamos en Santa Fe, en el Centro de Estudiantes, en el manifiesto inicial del Grupo Universitario Renovación, la necesidad de la modificación de los artículos 23 y 27 de la Carta de las Naciones Unidas, que son los que determinan los países miembros permanentes y el derecho al veto de estos países, como elementos antidemocráticos. Bueno, esto se empezó a plantear hace prácticamente casi cincuenta años. Y hoy va siendo aceptado, cuarenta y ocho años después. Pero ¿cuál era el otro camino? Ir a bombardear las Naciones Unidas. Estamos planteando la necesidad de generar el empleo de la fuerza únicamente por Naciones Unidas, venimos dando la batalla, en muchos casos no se cumple, en Kosovo no pasó, pero nosotros no podemos decir: cerremos las Naciones Unidas ¿Y dónde vamos? Tenemos que seguir perfeccionando las Naciones Unidas, que es un mecanismo importante, es la única vía de la institucionalización civilizada y democrática de los asuntos internacionales, no se pueden manejar de otro modo.

Evidentemente ante estas fuerzas la cuestión nacional cambia. Hay otras limitaciones, hay una interdependencia, es evidente. Pero una cosa es dependencia y otra cosa es interdependencia. Nosotros necesitamos del Mercosur, y acá se aplican los mismos remedios y las mismas propuestas: la institucionalización del Mercosur, el funcionamiento de organismos que hagan equitativas las resoluciones del Mercosur, la marcha para lograr un acuerdo en macroeconomía entre los países integrantes del Mercosur. Esto no lo pueden manejar los zapateros ni los criadores de pollos. Porque ellos tienen su vista puesta en el zapato y en el pollo, y de ahí no salió el Mercosur ni de ahí va a salir su perfeccionamiento. No es imposible, es difícil, pero es necesario e imprescindible acordar macroeconómicamente con el Brasil. Más difícil era hacerlo en Europa, entre el Marco Alemán y la Libra Inglesa, y sin embargo los acuerdos de Maastrich van caminando, esto es innegable.

Entonces la cuestión nacional, por ejemplo, ¿se debilita la nación? No sé. Hay una interdependencia. ¿Se debilita el hombre por tener una ley? Yo creo que no. ¿Era más libre y más soberano el hombre de las cavernas? Y, el grandote sí, al chiquito lo mataban a palos. Pero el promedio de los hombres no era más libre que con la organización social. Por ejemplo, el Banco Central de España antes de la moneda única, del Euro: ¿Cuál era la soberanía de este Banco Central? Ninguna. Un alemán le

avisaba: –Mirá, vamos a subir 0,20 puntos la tasa de interes. –Bueno, gracias. Y tenía que subir él, si no sonaba la peseta. Pero en eso 0,20 puntos que aumentaba no tenía ninguna participación. Hoy con los acuerdos de Maestricht, el representante del Banco Central de España está sentado a la mesa, tiene una participación. Hoy en cuanto a política monetaria tiene más fuerza, es más decisiva la opinión del representante español, que antes de la unificación de la moneda.

Entonces nosotros como país de 33 millones en el Mercosur, aunque no podamos fabricar tantos zapatos no quiere decir que seamos menos soberanos, porque nos estamos afianzando en otra serie de cosas, en una posibilidad de existencia en el mundo que solos no podríamos tener, y que cada vez va a ser menor. Entonces la posibilidad argentina en la integración se agranda y se fortalece. Hay que compaginarla, hay que hablarla, hay que acordarla. Hay cosas, por ejemplo el azúcar, tenemos una postura nosotros que vamos sosteniendo haciéndonos los tontos, que es insostenible.

Porque nuestros costos de producción y la calidad de nuestra azúcar son indefendibles. Entonces nosotros nos podemos hacernos los tontos, pero si nos hacemos los tontos y ganamos como hemos estado ganando una punta de años frenando el azúcar brasilera, bueno, esa punta de años tenemos que aprovecharla para generar fuentes productivas sucedáneas al azúcar en las zonas productoras de azúcar, incluso en nuestro norte santafesino. Pero no podemos estar confiados en mantener las chicanas y el pataleo eternamente, porque es una cosa que está en contra de la realidad. Esto no quiere decir que el país se debilita sino que, con esto bien manejado, el país debe fortalecerse. Claro, a los grandes grupos monopolistas, con su incidencia en los gobiernos, les conviene que no haya instituciones del Mercosur, les conviene que esto se arregle entre los poderosos de acá y los poderosos de Sao Pablo, y el resto quede colgado. Pero casualmente nosotros tenemos que concientizar, y dar la batalla, y crear la conciencia para en los cuatro países forzar la marcha de la institucionalización, que les conviene y garantiza las posibilidades de los cuatro pueblos. Es imposible hoy pensar en países que no articulen la integración. La defensa, el lente que nos protege de los rayos ultravioletas de la globalización, son los movimientos de integración regionales, hasta que logremos organizar civilizadamente y democráticamente también al proceso mundial de la globalización. Pero tendremos más fuerza para forzar esto último desde núcleos regionales fuertes que en forma independiente.

Cómo proyectar el socialismo para el próximo milenio.

Yo creo que esa referencia al próximo milenio es un poco literaria porque hoy en día todos están de espaldas al segundo milenio, de cara al tercero, vos podés elegir. La verdad es que no pasa nada ¿no? Milenio va, milenio viene. Pero cómo proyectar al socialismo: yo creo que hablando estas cosas, poniéndonos al frente de estas realidades y no tratar de hacer como el avestruz de enterrar la cabeza y desconocerlas.

Es decir si vos te oponés al Mercosur y planteas 'Mercosur: acuerdo de las multinacionales.' Bueno, pero, ¿a quién le vendés? ¿quién te compra? Vos no tenés

ninguna propuesta. Entonces la propuesta socialista no avanza, no crece, porque no tiene identidad. Ahora si vos me decís: 'Nosotros en el Mercosur vendemos tanto, yo traigo acá un proyecto alternativo de venta a los países árabes de tanto, por tanto tiempo.' Está bien, es una cosa discutible. Pero si no traemos ningún proyecto ni nos sentamos a discutir. Ha habido partidos del viejo comunismo que hasta el último momento se han estado oponiendo a la incorporación de sus países de Europa Occidental a la Unión Europea ¿Cómo han quedado? Con cuatro votos, porque esto era insostenible y no tenían propuesta alternativa.

Entonces la forma nuestra de hacer propuestas para avanzar, para llegar a gobernar, para ser partido de gobierno en los próximos tiempos, es ponernos al frente de estos procesos y no de espaldas a ellos. Por eso hay que estudiar lo que es realmente el Mercosur y traer escrito un proyecto de institucionalización del Mercosur. Ésta es la forma de que la propuesta socialista vaya al frente. Si queremos nosotros una Carta Social del Mercosur, si queremos evitar el dumping social dentro del Mercosur, tenemos que traer la propuesta: 'Acá está la propuesta.' Es la forma de que el socialismo vaya al frente. Si queremos democratizar Naciones Unidas tenemos que tener la propuesta. Si nos quedamos en una crítica superficial: "Naciones Unidas no sirve para nada porque no pudieron evitar Kosovo, para eso mejor que la cerremos" con esto vamos a la cola, porque el futuro apunta a la organicidad, y a esto debe estar orientada nuestra propuesta, estudiando los procesos institucionales. Nosotros tendríamos que tener economistas, no los tenemos acá pero sí en Europa, ya veremos qué hacen, que estén planificando las medidas de regulación de los flujos de capital especulativo, generando una propuesta para hacer consenso. Claro, los centros financieros van a patear como locos, esto no quiere decir que no avancemos hacia la concientización de esta innegable necesidad de regulación, de este contralor de la globalización.

El tema de la amplitud.

Es un tema que yo comprendo que es difícil, no ha sido ayudado desde la izquierda porque ha habido en la izquierda muchas veces esos dogmatismos, a los cuales aludíamos antes. Es la posibilidad que parece elemental, pero no es tan elemental, de convivir con el que piensa diferente. Porque en épocas buenas, en otras etapas, yo me acuerdo, se sabía que el compañero Pedro o Juan en tal tema tenía su posición, que no era la del Partido, no era la de la mayoría del Partido, pero que convivía perfectamente. Llegado este tema: "Bueno, ustedes saben cuál es mi posición, yo pienso esto, ustedes no." Tres a siete, chau. Salía la posición de los siete. Pero se iban los diez a tomar el café. Y seguían mientras tomaban el café discutiendo: "bueno ustedes están equivocados", "no, estás equivocado vos". Seguía el debate pero no era un problema de excomunión, ni de pensar que el otro era la quinta columna. Seguían conviviendo a través de décadas, militando, sustentando diversas posiciones en algunos temas. Que no eran temas morales, que unos aprobasen a Hitler y otros no, lógicamente. Puede ser un tema relacionado con las fundaciones, que vos creas que las fundaciones puedan abrir Universidades y otros crean que no. O puede haber un tema diferente en educación, que justo hoy hay un gran debate. Está bien. Si hay un debate es porque la realidad no está clara. Entonces la inteligencia de la organización es canalizar el debate adentro y no echando gente para afuera. Mientras que el debate

sea sobre principios y valores socialistas que no son dogmáticos, pero hay un límite, es evidente. Entonces que uno diga que la imputabilidad a los menores debe ser bajada de 18 a 16 años, es una postura. Que yo diga que creo que la tortura debe ser utilizada como método de esclarecimiento, es una postura incompatible, no es un criterio procesal. Está bien, y otros morirán pensando que los 16 años es la edad justa, algunos pensarán que los 18 o los 22. El mundo no pasa por ahí.

Hay que tener la cultura del consenso, de la concertación. Si pensáramos todos igual no haría falta la política de concertación, porque es la de mi partido y chau. Entonces tenemos que pensar, si el de la Alianza es un gobierno de coalición, hay que intercambiar ideas, hay relaciones de fuerzas, hay cambios de opinión. La presencia siempre es positiva, podés influir, no tanto como para que el otro haga justo lo que vos querés, esto es estar otra vez en el comienzo del camino, pero podés influir en cosas, hay otras cuestiones políticas en las cuales no hay disidencias, habrá cosas en las que sí haya disidencia, que tendremos que ver cómo se ponen en marcha, cuándo y quién las pone en marcha. Entonces vos tenés cuatro años de gobierno por delante y empezamos a discutir la 'escuela *charter*', y a lo mejor dentro de los cuatro años, si se sigue con la idea, a lo mejor se puede montar una escuela *charter* o dos, pero hay todo un proceso educacional que está por encima de esas dos o tres escuelas *charter*, hay toda una realidad en la cual si no estás vos no vas a incidir.

Entonces en el propio Partido hay que admitir lo diferente. Fijate que este muchachito Juan B. Justo escribe en La Vanguardia sobre 'El individuo y el Partido', y dice: el Partido será una congregación de voluntades, no el instrumento uniformador de ellas. "El individuo cuenta. El individuo dueño de su pasión, de su fe. El individuo consciente de su contribución al núcleo social o de la posibilidad cierta de esa contribución. Toda renuncia que el individuo haga para el cumplimiento de esa contribución cuando ésta se hace acción colectiva, será apenas transitoria. Lo constante es la liberación de la individualidad, urgencia que está en el programa y en el método socialista. El militante hace ofrecimiento de un sector de su mundo personal, pero no niega su propio mundo. En síntesis –define Justo– la moral socialista ha de consistir en el desarrollo y la integración de la propia personalidad en el ejercicio de las actividades sociales." A esto tenemos que empujar.

La modorra burocrática.

Lo nuestro es un camino, el socialismo no es una foto estática, es una marcha que siempre tiende al mejoramiento de la gente. Entonces nosotros no podemos llegar a una situación en que nos quedamos parados, como decíamos antes, y a la gente le digamos: "Ya llegamos." Nunca llegamos, ni llegaremos, porque siempre tendremos un objetivo más allá, siempre generaremos algo nuevo para mejorar la gente, para mejorar su condición, sus posibilidades. Entonces, cuando se llega equivocadamente a ese tema de que se está cumpliendo con todo lo que está escrito, dejamos la gente afuera, la transformamos en un número, en una ficha, no participa. Decimos: 'Bueno, acá en el club se juega al fútbol, al básquet, y al voley, porque según nuestras estadísticas son los que mejor andan, los más colectivos, etc.' Viene otro y dice: '¿Y la

pelota paleta? ¿y el tenis?’ No, no van. Busquemos la posibilidad, creemos la comisión que consiga la posibilidad de la cancha de tenis, no rechazemos, porque nos molesta, la novedad. ‘No, decimos, dejate de embromar con la cancha de tenis’. Y enseguida le metemos la etiqueta que nos venga al paso: ‘Deporte de oligarcas, de señoritas, andate al Lawn Tennis, acá estamos con la pasión de multitudes.’ Esto rapidito lo arreglamos, somos todos cancheros en eso. Pero también, en ese tipo que se va, no somos cancheros, ese queda vacante, queda boyando, queda boyando uno, queda boyando otro... Y un día viene la derecha y levanta las boyas. ¡Qué barbaridad!

Canalizar la participación de la gente.

Yo creo que en la gente tenemos un déficit de participación muy grande, y tenemos un divorcio, que desde hace años venimos señalando y analizando, entre lo político y lo social. Esto hay que remediarlo, porque sin lo social, lo político se debilita y cae. No es que dé lo mismo que la gente participe o no, lo político sin la participación de la gente queda en manos de la derecha. Para que participe la gente también hay que tener amplitud. Si nosotros decimos: ‘Que participe el barrio para cuidar esta plaza’, y supóné que nuestros estudios oficiales determinan que en esa plaza deben ir rosas de tal tipo. Pero a las compañeras del barrio y a Doña Rosa le gustan los malvones. Bueno, pongan malvones. Y van a cuidar los malvones. Y más importante que rosas o malvones es que esté la plaza y que la gente participa activamente en el mantenimiento de esa plaza, porque esa es la sociedad a la cual nosotros apuntamos, la sociedad participativa. Entonces el sponsor de la plaza es la vecinal, mirá que cosa hermosa, no es Coca-Cola. Y la sociedad democrática es esa en la que participa la Vecinal. Tocar esa plaza es muy difícil de acá en más para la derecha, porque la defiende la gente con su participación, no solamente nuestro encargado de Parques y Paseos, la defiende la gente anónima pero que existe y que es imbatible.

Esto es importante, en todos los ámbitos hay que dar participación. Tenemos que volver con la idea de los consejos económicos y sociales, que generan problemas, vienen a plantear cada uno lo suyo. Está bien, veamos cómo lo canalizamos, pero si no están esos sectores sociales incorporados a la construcción de la democracia y al avance de ideas positivas, se incorporan al sector contrario, no quedan neutralizados en una nube. Hay que canalizar la participación de la gente, todo esto está estudiado. Hoy en día la gente, por ejemplo, quiere la descentralización, quiere lo local, está demostrado que prefiere pagar un impuesto municipal que a la Nación, porque siente que sabe adónde va esa plata, y piensa que si va a la Nación se pierde o se lo roban. Y esto está demostrado, los mismos impuestos que se ponen en las ciudades o en la región tienen un cumplimiento muy superior que los impuestos que van a rentas generales, allá lejos. Si la gente lo ve, está dispuesta a pagar. En Francia se han hecho muchos estudios sobre este tema.

Nosotros no tenemos que tener únicamente nuestra idea de la participación, sino que tenemos que ver qué idea tienen los futuros participantes. Cuánto quieren participar, en qué, qué quieren hacer. Y hoy el peso en el mundo de las ONG es una cosa indiscutible, y también es otra característica de la participación de la gente: ‘Yo participo en defensa de los espacios verdes, no me hablés del sida ni de nada.’ Uno

participa en defensa de la ecología; como otro participa en la campaña contra el sida, y no le interesan los espacios verdes; como otro participa por los niños de la calle, y no le interesan los ancianos paralíticos. Está bien, busquemos las inquietudes que tenga cada uno, somos nosotros responsables de articularlas para construir una sociedad más participativa, más democrática, más igualitaria.

Bueno, yo creo que todo esto hace a una postura frente a las cosas, una postura de respeto frente al otro en primer lugar, que es un ser humano como nosotros, y frente a la realidad. La suficiencia, el orgullo, el menosprecio del otro, nunca construyen nada bueno. Y la persona con menos conocimiento tiene algo para aportar, hay que saberla escuchar. Y la capacidad y la responsabilidad es nuestra, de saber, de percibir, de posibilitar ese aporte, y no menospreciarlo. La realidad también merece su respeto. Cómo y por qué las cosas son así, y tenemos que respetar sus características, no para no modificarlas, sino por el contrario, para poder modificarlas. Pero no podemos sectariamente nosotros imponer nuestro criterio a la realidad, porque así no la vamos a modificar.

Quería terminar ahora, porque siempre ha habido una tendencia, así como debemos estar a la vanguardia tampoco debemos bandearnos de la vanguardia. Siempre ha habido una tendencia a la modernidad, porque el socialista es inquieto, siempre tiene que estar ahí, al asalto. No es así tampoco. Esto ha pasado muchas veces en la historia, ya otra vez a un grupos socialistas capacitados, universitarios, científicos, se les ocurrió el tema de los canales, y pensó que la revolución del mundo venía por los canales. Entre ellos estaba Fernando Lesseps, el proyectista del Canal de Suez, que después no pudo culminar el Canal de Panamá. Y si vos los escuchabas hablar, fuera de los canales no había posibilidad alguna. Como algunos que hoy hablan de la globalización. Los canales son cosas positivas, nadie está en contra, pero tampoco pasaba por ahí el ojo de la historia hacia adelante, era una parte importante.

Quedan algunos temas de los que no hemos hablado, como es el tema de los medios de comunicación, que modelan la forma de pensar. Por eso es mucho más importante la tarea del Partido en dar la batalla cultural. La clase obrera de Juan B. Justo, de la ropa gris, de la faja negra, de las alpargatas que nosotros conocimos no es la mentalidad del trabajador de hoy, que está influenciado, él y su familia, por horas de televisión y de un contenido que nosotros debemos que neutralizar. De ahí que es mayor nuestra tarea propagandística militante de difusión de nuestros materiales, en nuestras reuniones con la gente.

Bertrand Russell decía hace muchos años: "El poder de la técnica psicológica para moldear la mentalidad del individuo está aún en su infancia, y no nos hemos dado aún buena cuenta de él. La ciencia nos ha dado, sucesivamente, poder sobre la naturaleza inanimada, poder sobre las plantas y los animales, y finalmente, poder sobre los seres humanos. Todo poder lleva consigo su propio linaje de peligros y quizá los peligros que envuelva el poder sobre los seres humanos sean los mayores."

La ciencia y la tecnología sin control democrático llevan el desconcierto social, llevan al cáncer, a la leucemia que más estragos está haciendo en la sociedad: la anomia,

las sociedades que no van para ningún lado, que están estancadas en el rito del consumismo. Sin el papel protagónico de las mayorías, el progreso se vio convertido en un poderoso medio de barbarización –intelectual, espiritual, siempre política–. Su resultado fue la masificación del hombre. Pero sin la exaltación del hombre no se habilita ruta alguna que conduzca al socialismo.

Y termino con lo que decía de la utopía un viejo escritor italiano, también hace décadas, que fue Ignazio Silone, el autor de Fontamara: “Utopía y ciencia se disputarán siempre el alma del socialismo. Pero la ciencia puede cambiar cada pocos años, mientras que la utopía puede sobrevivir a los milenios, puede durar cuanto dure la inquietud en el corazón humano.”

Colocar a los seres humanos al centro de nuestras preocupaciones

António Guterres

Mis dos primeras palabras serán de gratitud y homenaje. Gratitud a Pierre por sus palabras tan amables y tan sentidas y a todos ustedes por vuestra confianza que no merezco pero que trataré de justificar. Y homenaje , homenaje a Pierre Mauroy. Si me preguntan cuáles son las cualidades humanas y políticas de un militante socialista, de un auténtico militante socialista, la respuesta es muy sencilla: todas estas cualidades las reúne Pierre Mauroy.

Querido Pierre, cuán grande es el privilegio de haber trabajado contigo tan de cerca en estos últimos siete años, de haber estado a tu lado mientras continuabas la obra que inició Willy Brandt: transformar un movimiento socialdemócrata europeo en la mayor organización política del mundo, en un movimiento auténticamente universal, nuestra Internacional Socialista. Y es por este enorme éxito, que se debe a tu perseverancia, a tu inteligencia política, a tu capacidad de diálogo, a tu trabajo y también a la cooperación permanente de nuestro querido amigo Luis, que quisiera que mi primera iniciativa como Presidente-electo de nuestra Internacional Socialista sea proponer a este Congreso que Pierre Mauroy sea elegido Presidente Honorario de la Internacional Socialista.

Queridos amigos, queridos compañeros: este Congreso y, sobre todo, lo que hacemos realmente por nuestros pueblos, demuestra el fracaso de las teorías del "fin de la Historia" o de la desaparición de las ideologías. Nos encontramos aquí en nombre de principios inspirados en una opción ideológica muy clara. Rechazamos el poder político concebido como tal. Rechazamos una visión táctica de una política sin estrategia. Rechazamos la tecnocracia sin humanismo y el pragmatismo sin valores. Vivimos en un mundo en permanente evolución tecnológica y cultural y es natural que las ideas, el pensamiento de la socialdemocracia, del socialismo democrático, busquen siempre nuevas respuestas frente a los nuevos desafíos, nuevas soluciones frente a nuevos problemas. Por esta razón, debemos asegurar una nueva síntesis ideológica que esté a la altura de los problemas que enfrentamos al comienzo del nuevo milenio. Pero una síntesis que se inspire, que reclame, la herencia del Siglo de las Luces, la primacía de la razón contra todo tipo de irracionalidad en la vida política, contra los nacionalismos exacerbados, los fundamentalismos religiosos, el racismo y la xenofobia. Una síntesis particularmente innovadora en su capacidad para integrar en la historia emancipadora, los valores de la socialdemocracia, libertad, igualdad, solidaridad, justicia social y las contribuciones de los diferentes humanismos que existen en el mundo y que nos son cercanos. Digo en el mundo, porque no aceptamos una visión eurocéntrica del mundo y de la historia. Una síntesis capaz también de interpretar la mejor tradición de un pensamiento liberal de izquierda, lo cual no debe confundirse con el neoliberalismo, pero que nos advierte la importancia de la iniciativa, del pleno desarrollo, de la responsabilidad de los ciudadanos, pero dentro del marco de una sociedad solidaria.

La socialdemocracia responde así, sin complejos, valorizando la ciudadanía por sobre la afirmación del carácter singular y autónomo del individuo, que se ha ido implantando

en la cultura política de las últimas décadas. Somos los orgullosos herederos del pensamiento de Bernstein, de Bauer, de Kautsky, de Jaurès, de Rosselli, de Brandt y de Olof Palme. Y, porque estamos orgullosos de este patrimonio y permanecemos firmes en nuestras convicciones, somos también capaces de entender y aceptar las nuevas contribuciones de la filosofía política de nuestra época. La visión de la justicia de filósofos como John Rawls o Michael Walzer, conceptos sobre la democracia misma, basados en la intercomunicación permanente entre la sociedad civil y la sociedad política, de la cual nos habla Jürgen Habermas. Una nueva síntesis ideológica abierta, pero enraizada en nuestra tradición, en nuestros valores y en nuestros principios.

Una síntesis de la cual debemos sacar las conclusiones. La primera es la primacía de los derechos humanos, de los derechos y libertades fundamentales. Y hay que decirlo claramente, en esto no aceptamos límites, no aceptamos ninguna reinterpretación basada en las condiciones económicas o culturales en uno u otro país. Los derechos fundamentales, las libertades fundamentales, se deben respetar íntegramente, sin excepciones. Los derechos económicos y sociales, que también son parte de nuestro patrimonio, y los que se han llamado derechos de la tercera edad, la igualdad entre hombres y mujeres, el derecho a un medio ambiente sano en la naturaleza y en las sociedades donde las ciudades son cada vez más importantes; los nuevos derechos urbanos: a la privacidad, al espacio, a la luz, a la historia, a la identidad, a la memoria.

Esta nueva síntesis ideológica coloca al ser humano, a cada individuo, al centro mismo de las preocupaciones de todos nuestros partidos y de nuestros gobiernos. La educación es, naturalmente, la prioridad absoluta para los socialdemócratas, y el triángulo estratégico: educación, formación, empleo, asume así un carácter esencial para el redescubrimiento del pleno empleo como objetivo de la política económica de los socialdemócratas y de los socialistas democráticos. Un pleno empleo que tenga un nuevo carácter porque debe surgir y tomar forma en una sociedad reformadora capaz de incorporar las innovaciones tecnológicas, la sociedad de la información y del conocimiento. Pero digámoslo con claridad, para nosotros socialdemócratas, socialistas democráticos, el pleno empleo, la cohesión social, la erradicación de la exclusión no son utopías, forman parte del programa necesario y prioritario de cada partido y de cada gobierno socialistas en el mundo.

Una síntesis ideológica, que nos permite también presentar una visión nueva, una síntesis nueva para reformar al Estado de Bienestar. Una síntesis entre la afirmación de que debemos mantener los derechos universales de los ciudadanos, con una discriminación positiva en favor de los más débiles, basada en la igualdad, porque la igualdad nos hace tratar en forma diferente de aquello que es diferente. Y claro, esta síntesis será diferente en un país rico con un Estado de Bienestar muy desarrollado que en un país más pobre donde existen sin embargo, formas de solidaridad que es preciso realzar para permitir la creación de una sociedad auténticamente solidaria.

Queridos amigos, queridos compañeros: la Internacional Socialista siempre fue, es y será un movimiento de vanguardia en la lucha por la democracia y la liberación de los hombres y de los pueblos. La Internacional Socialista siempre fue, es y será un movimiento de vanguardia en la lucha por la justicia y la paz en el mundo. Todos los

totalitarismos, ya sean de Oriente o de Occidente, todas las dictaduras, todas las dominaciones coloniales, incluyendo al apartheid, todas las formas de opresión de los pueblos o de los hombres, todos los fundamentalismos religiosos, siempre se han enfrentado con la oposición y la acción decisiva de la Internacional Socialista. Tanto en la Unión Soviética como en Chile, en Portugal como en Sudáfrica, en Birmania como en Timor Oriental, en todo el mundo, cuando ha sido necesario, hemos estado presentes. Y no vamos a detenernos, continuaremos estando presentes.

Permaneceremos atentos, activos y decididos, especialmente donde sea necesario implantar o mantener la paz, especialmente en el Oriente Medio, en Africa o en los Balcanes. Y quisiera saludar los impresionantes testimonios de Yasser Arafat y de Ehud Barak que escuchamos esta mañana.

En todo el mundo permaneceremos fieles a nuestra historia y a nuestra tradición emancipadora de los hombres y de los pueblos. Pero, queridos amigos y compañeros, el gran desafío de nuestra época, el punto esencial de nuestra acción para los años venideros tiene un doble objetivo: garantizar la gobernabilidad de la globalización y asegurar la capacidad para regular la globalización económica de los mercados, también en el plano cultural y de la información. Vivimos en un mundo que no está estructurado políticamente, que es incapaz de asegurar la paz, la democracia y la estabilidad, con organizaciones mundiales débiles y con una sola potencia hegemónica. Y lo digo sin rencores ni amargura, porque nunca en la historia una potencia hegemónica ha intentado perder su hegemonía. Nos corresponde a nosotros construir un mundo más equilibrado y más justo.

Estos son los dos aspectos políticos fundamentales de este programa. Primero, fortalecer el papel de las organizaciones políticas mundiales y, sobre todo, fortalecer y reformar el sistema de Naciones Unidas, para garantizar su eficiencia, para mejorar su democratización y para permitir su intervención rápida, sobre todo hoy cuando se plantea, con toda razón creo yo, la posibilidad de una injerencia humanitaria que debería formar parte del derecho internacional. Y, en segundo lugar, crear organizaciones políticas regionales fuertes donde se pueda hablar con una sola voz acerca de todos los grandes problemas internacionales, para poder construir un mundo multipolar, equilibrado, favorable al mantenimiento de la paz, a la estabilidad, a la justicia, para defender los derechos humanos y liberar a los pueblos.

Pero, queridos amigos, queridos compañeros, también vivimos en una economía global que no está regulada. Es cierto que esta economía ha permitido un enorme crecimiento del comercio mundial, un enorme crecimiento de la productividad, de la innovación tecnológica, pero también ha dado origen a la globalización de la pobreza e introducido tensiones sociales incluso en los países más ricos, dividiendo a los que triunfan y reciben los beneficios, de las mujeres, los hombres, los sectores, y las regiones que siguen a la zaga. Una globalización que ha ensanchado la brecha que separa a las regiones más ricas de las más pobres de nuestro planeta. Nuestro objetivo es claro: hay que regular la globalización y poner orden allí donde ha triunfado el caos. Hace un siglo, los partidos socialdemócratas en Europa luchaban por regular la economía de mercado en sus países, para crear un Estado fuerte y regulador, una sociedad solidaria. Estamos a favor de la economía de mercado, pero, como decía

Lionel Jospin, no estamos a favor de una sociedad de mercado, sino de una sociedad solidaria. Ahora el mismo problema se plantea a nivel global. Y no nos faltan ideas para transformar esta visión. A veces nos falta la fuerza, los instrumentos, la capacidad de coordinar nuestros esfuerzos y, hay que reconocerlo, a veces nos falta la voluntad política para combatir la lógica de los intereses dominantes.

Queridos amigos y compañeros, permítanme dos palabras sobre las ideas que hemos compartido en nuestro debate. Hemos defendido la creación de un Consejo de Seguridad Económica en el seno de las Naciones Unidas, ya propuesto hace varios años por Jacques Delors, que trate de ejercer un control más eficaz de la economía mundial y que cree las condiciones para una coordinación de las políticas económicas en favor del crecimiento y del empleo. Estamos en favor de la reforma del sistema de Bretton Woods, sistema cuya reforma ha sido reconocida como necesaria incluso por el presidente Clinton en la reunión de Nápoles del G7. Una reforma esclarecedora de la función que les corresponde al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial.

Una reforma capaz de garantizar un mayor control político de las organizaciones y de su funcionamiento. Pero sobre todo, una reforma del método, una reforma de la condicionalidad impuesta a la ayuda del FMI. Porque una condicionalidad basada estrictamente, como lo es hoy, en la ortodoxia financiera, es una condicionalidad que puede llevar a veces a conflictos sociales y poner a la democracia misma en peligro de un fracaso total. Lo que necesitamos es una condicionalidad que combine el rigor - porque el rigor es necesario- con la respuesta a los problemas y necesidades económicas y sociales de los países que reciben ayuda del FMI, asegurando también un incremento de los recursos del Fondo, la creación de derechos de giros especiales en favor de los países del tercer mundo y, sobre todo, el aligeramiento de la deuda de los países más pobres.

Necesitamos nuevas reglas frente a un mercado financiero mundial que hoy es esencialmente especulativo. Reglas de transparencia, de supervisión, códigos de conducta para los operadores, como también una coordinación de las políticas fiscales, si esto fuera posible, mecanismos fiscales para desalentar las transacciones estrictamente especulativas. También necesitamos reformar la Organización Mundial del Comercio para abrir los mercados de los países más desarrollados a las exportaciones de las regiones más pobres del mundo. También, para seguir de cerca e incorporar preocupaciones sociales y medioambientales que normalmente están ausentes del pensamiento liberal, que es el que generalmente triunfa en los debates de la OMC. No se trata de crear nuevas formas de proteccionismo, se trata de ampliar y promover los derechos a la libertad sindical, a la libre negociación colectiva, al derecho a huelga, es decir, los derechos de las sociedades que corresponden al modelo que, para nosotros, es el modelo de la socialdemocracia, del socialismo democrático.

Queridos amigos, queridos compañeros: regular la globalización no será posible si no existen organizaciones regionales fuertes y una importante cooperación inter-regional, pero no organizaciones regionales concebidas bajo el modelo neoliberal como zonas de libre comercio, sino zonas regionales de integración política, económica y social tal

y como ya tenemos parcialmente a nivel de la Unión Europea. Organizaciones que sean capaces de controlar los riesgos de la economía mundial.

La coordinación de las políticas económicas es absolutamente esencial si queremos reactivar el crecimiento y el empleo a nivel mundial. Por supuesto, esta coordinación debe respetar los equilibrios macroeconómicos. Los socialdemócratas están a favor de la estabilidad, los socialdemócratas no están a favor de la inflación. Pero los socialdemócratas combinan el rigor con la conciencia social. Los socialdemócratas combinan la estabilidad con políticas de promoción del crecimiento y del empleo. Ambas cosas deben ir juntas, porque sino una gran parte de nuestro planeta y una gran parte de nuestras sociedades en las regiones más ricas, se verán condenadas a una pobreza inexplicable y absolutamente inaceptable desde el punto de vista político y moral.

Queridos amigos, queridos compañeros: lo que queremos ante un mundo desorganizado es un nuevo sistema de responsabilidad colectiva que se base en una nueva arquitectura de unas relaciones internacionales más equitativas y más justas. Esa es la tarea motriz que nos espera. Pero, tenemos que decir y reconocer que ésto no lo podremos lograr solos, aislados. Tenemos que establecer un diálogo y coordinar nuestras acciones con todas las demás fuerzas progresistas existentes en el mundo.

Pero, en este sentido se debe aclarar algo. Cooperación sí, pero sin llevar a la disolución de la Internacional Socialista dentro de un movimiento más amplio, cuyas características no sean nítidas, lo que sería necesariamente contradictorio. La Internacional Socialista tiene su historia, sus valores, su tradición, su identidad, y de ello nos sentimos orgullosos. La IS debe mantener su identidad, pero también debe saber abrir sus puertas a una estrecha cooperación con todos aquéllos que deseen compartir nuestras prioridades, que quieran colocar nuestro programa de acción global al centro de las preocupaciones reformadoras del mundo de hoy. Y, a este respecto, existe un diálogo necesario, una cooperación necesaria, especialmente con el Partido Demócrata de los Estados Unidos, y también con otras fuerzas que son determinantes en las distintas regiones del mundo.

Queridos amigos y compañeros: frente a los desafíos que se nos presentan, tenemos que recordar que la lucha de los socialdemócratas nunca ha sido fácil y los resultados nunca han sido rápidos. Se necesita perseverancia y también trabajar con rapidez, y es por ello que, bajo la dirección de Felipe González, vamos a proponer al próximo Consejo de la Internacional una plataforma global y tres plataformas regionales para desarrollar la Declaración de París que acabamos de aprobar ayer.

Queridos amigos, queridos compañeros: quiero concluir diciendo que debemos ser responsables, pero sin perder nuestra capacidad de ensueño. Y permítanme una vez más citar a Olof Palme, que es mi referencia política fundamental. El dijo y yo repito: "No se debe abandonar la utopía, porque el antagonismo entre las ideas y la realidad además de ser el gran dilema del socialismo democrático, es también su fascinante fuerza motriz".

Perspectiva del socialismo en el cambio de siglo

Manuel Antonio Garretón

¿Cuál es el desafío que los cambios señalados plantean al pensamiento y acción socialista?

Para contestar esta pregunta, primero, mostraremos que el ideario socialista se contrapone a las experiencias que lo invocaron y que se llamaron socialismo reales. Es más, nuestra idea central es que con el derrumbe de los llamados “socialismos reales” se puede pensar por primera vez en el socialismo posible, lo que exige redefinir este concepto y separarlo drásticamente de las experiencias que se han llamado “socialismo real”, y analizar como es afectado por las transformaciones de la sociedad contemporánea.

¿El socialismo real era socialismo?

Nuestra primera cuestión ante lo que se llamó “socialismo real”, es por qué a esa “realidad” se le llamó socialista. O puesto de otro modo, por qué a esos países cuyos sistemas políticos-sociales se desmoronaron en 1989, los llamamos países socialistas. Que eran “reales” o “históricos” lo eran, porque allí estaban, pero ¿por qué denominarlos “socialistas”?

No puede aceptarse acríticamente el concepto de “socialismo real” sin plantearse quién y cómo define lo que es socialismo. Así, la razón fundamental por la cual se denominaba socialismo es simplemente porque ellos mismos, no su gente sino sus clases dirigentes, se auto-denominaban así. Quienes reclamaban para sí el nombre socialismo o hablaban en nombre del socialismo, eran en realidad quienes estaban en el poder. Lo que existía era un fenómeno de apropiación del nombre, puesto que muchos de aquellos que no estaban en el poder enfrentaban a ese poder invocando también el nombre del socialismo.

Básicamente se llamaba socialistas a los países que adscribían a la Unión Soviética, siendo ésta quien concedía los títulos de propiedad de quien era o no socialista. Incluso algún país podía ser socialista en un comienzo y luego convertirse en social-fascismo o en social-revisionismo. De este modo, lo que era aceptado como socialismo dependía de si se estaba en un campo o en otro, y el campo de lo real variaba y se estrechaba permanentemente. Así, en un campo quedarían China y los otros países pro-soviéticos, disputándose entre sí la ortodoxia del término, y del otro lado de la frontera quedaban Yugoslavia y los revisionismos y los semisocialismos que se iban agregando con el tiempo y con las propias redefiniciones del campo.

Pero, más allá de que fuera la Unión Soviética o la izquierda comunista mundial la que estableciera “esto es socialismo” -desviado o no- y “esto no es socialismo”, hay algunos rasgos comunes en esos países que se decían socialismos reales, y que conviene recordar.

El primer elemento es que prácticamente todos ellos emergieron y se consolidaron como producto de una revolución o como producto de una invasión que se transformó en revolución o en golpe de Estado. Es decir, estamos ante una forma de transición al socialismo que tiene en su origen una ruptura, un quiebre institucional liderado por un aparato armado que se impone a un aparato estatal debilitado. Se constituye así un modelo de Estado en cuyo origen está una situación militar que opera como funcionamiento y legitimación del aparato emergente.

En segundo lugar, en todos los socialismos reales encontramos un régimen de partido único, o casi único.

En tercer lugar, se trata de economías que se definen como socialistas en tanto negación del capitalismo. Y el rasgo central por lo tanto de esas economías socialistas, era el intento de terminar con la propiedad privada, el de su estatización.

En suma, lo que hemos conocido como “socialismo real” estaba constituido por una determinada forma de toma del Estado – sea como mayoría o como minoría, poco importa-, toma que es realizada en nombre de la clase trabajadora; por una forma de gobierno, el sistema de partido único; y, por último, por una forma determinada de manejo de la economía, su estatización, lo que permitió sin duda algunas medidas igualitarias y redistributivas, pero al mismo tiempo produjo un formidable bloqueo de la actividad económica. Y todo ello, he aquí el cuarto elemento común, dentro de una ideología que suponía, con mayor o menor grado de explicación, que se trataba de una transición a una sociedad sin clases.

A nuestro juicio, esta autodefinición del socialismo es perfectamente arbitraria: ¿por qué a ello le vamos a llamar socialismo? Puesto que, si analizamos más de cerca, no hay ninguno de estos rasgos que defina propiamente al socialismo ideal y ello puede ser perfectamente compartido por otras formas de dominación. Y cuando varios de los partidos, y muchos intelectuales de la Unidad Popular, criticaban a Allende en Chile, su concepción que la vía chilena iba a ser sin dictadura del proletariado, esa crítica en el fondo estaba sustentada en este mismo modelo de socialismo real, imputándole a Allende el modelo socialdemócrata, que se consideraba no correspondía propiamente a una experiencia socialista. Que unos pusieran el énfasis en la estatización de la economía, otros en la dimensión política, el caso es que en todas esas concepciones predominaba una visión del proyecto socialista tomada del modelo “real”, aunque modificada por la historia democrática en Chile y por una práctica política que se alejaba, en los hechos aunque no siempre en el discurso, del modelo revolucionario.

Por lo tanto, al desplomarse los “socialismos reales”, lo que desaparece es una determinada visión del socialismo, y el concepto “socialismo” se despoja de los supuestos con los que se le identificó durante décadas. En otras palabras, el socialismo posible o socialismo deseable, no tiene nada que ver con el socialismo real. El derrumbe de éste permite pensar en serio el problema del socialismo en el futuro, sin atavismos o fijaciones en determinados modelos históricos. Más radicalmente, las experiencias de “socialismo real” no pueden ser llamadas socialistas. Se les debiera llamar sociedades no-capitalistas, si pensamos en sus economías estatizadas, autoritarias con dictadura de partido único, si las definimos por su régimen político; de Estado contralor o absorbente, si nos referimos a las relaciones entre Estado y sociedad; igualitarizantes si pensamos en sus principios de estructuración social y de ideología marxista-leninista, si aludimos a parte de su modelo cultural. Todo ello constituye lo que puede llamarse “comunismo real o histórico”, pero no socialismo.

Así, no podemos agotar la realidad y la posibilidad del socialismo en lo que conocimos como socialismos reales. No sólo uno podría perfectamente dejar de llamar socialistas a esas experiencias –o al menos reconocerlas como experiencias perversas del socialismo, experiencias que no por perversas son menos reales o menos posibles-, sino que además uno podría reconocer formas o elementos del socialismo en otras sociedades donde el “socialismo real” sólo vio desviaciones o capitalismo disfrazado, como en aquellos países en que se da una relativa igualdad de oportunidades, donde hay una economía algo menos estatizada, y sin régimen de partido único sino con dos o más.

Para pensar el socialismo posible, entonces, se impone abandonar los cuatro elementos que definieron el “socialismo real”.

El socialismo no es la revolución

En primer lugar, hay que abandonar la visión que las revoluciones que hemos conocido en este siglo hayan realizado la idea del socialismo y que el ideal socialista coincida con el ideal revolucionario. Lo que ha habido son revoluciones que se han apoyado en la ideología marxista y que han asumido las características ya señaladas. Pero esto no define al socialismo. Si así fuera nadie se sentiría hoy socialista puesto que nadie se reconoce en este modelo. Ese modelo se basa en una idea de la transición que asume a la revolución como la única vía de alcanzar el socialismo, y en América latina y en el mundo esa idea de revolución ya caducó: no habrá una revolución proletaria o auto definida clásicamente como socialista. Y sin embargo, una parte importante de la gente en todos los confines se sigue considerando socialista. Hay que dar cuenta, por lo tanto, de ese desfase entre socialismo real y socialismo posible.

Pero, más allá de la improbabilidad histórica de la revolución, ésta no parece en sí un fenómeno deseable, sino una situación que hay que enfrentar cuando ella se presente como ineludible e insustituible. Es decir, no parece que la revolución sea un modelo a enarbolar como la vía ideal para alcanzar el socialismo. Rendir homenaje a la Revolución en abstracto o expresar el deseo de morir por ella considerada como valor universal, parece hoy una forma alienada o fanatizada de concebir la existencia humana o la construcción de la sociedad mejor.

El régimen político del socialismo es la democracia

El segundo lugar, los socialismos reales se caracterizaron por un régimen político de partido único. Sin embargo, los socialistas se definen hoy en todo el mundo por un régimen político democrático, como su máxima aspiración en cuanto régimen político. Lo que nos lleva a señalar que no existe un modelo de régimen político socialista. El modelo de régimen de partido único, en tanto uno de los elementos que define al socialismo real, deja de ser un modelo deseable y deja de ser además un elemento indisoluble o asociado necesariamente al socialismo. Hoy en día, el ideario socialista reconoce que no tiene un régimen distinto que postular al de la democracia y ve en el régimen político democrático el espacio donde mejor puede desarrollarse o actualizarse como posibilidad. Más aún, el régimen distinto que postular al de la democracia y ve en el régimen político democrático el espacio donde mejor puede desarrollarse o actualizarse como posibilidad. Más aún, el régimen político democrático pasa a ser parte constitutiva del ideal socialista y no un mero medio o instrumento de éste. A las preguntas de cómo debe gobernarse la sociedad y de cómo debe relacionarse la gente con el Estado, dos cuestiones que debe resolver todo régimen político, los socialistas responden: no tenemos otra fórmula que el régimen democrático y la vigencia de los Derechos Humanos que forman parte de su definición. Y la democracia está en las antípodas del régimen de partido único.

El socialismo no es estatización de la economía

En tercer lugar, en términos económicos se plantea algo similar. Hoy en día no se puede identificar al socialismo con economía estatal o de planificación central. Es decir, no puede identificarse al socialismo con un modelo económico determinado. Actualmente se piensa que un socialismo es posible en formas de economía mixta, esto es, que el socialismo como ideal o como valor, permite corregir determinadas formas de explotación que provienen de la propiedad privada. Se reconoce por lo tanto que la propiedad privada es un elemento dinamizador de la actividad económica pero que tiene que someterse a determinadas reglas de “bien común”, socialmente negociadas – tal es uno de los sentidos del régimen político –, que sean capaces de impedir la explotación y la exclusión.

El socialismo no es un modelo de sociedad definido para siempre

Por último, la idea de la sociedad sin clases, que constituía el norte utópico que justificaba los socialismos reales, y la concepción marxista que aparecía como su ideología oficial, han perdido su capacidad crítica para dar cuenta de la emergencia de otras formas de dominación en la sociedad contemporánea. Estas no son sólo la explotación y no provienen de la esfera económica, como por ejemplo la opresión que ejercen los administradores de la utopía de la sociedad sin clases. Las clases, de hecho, no se forman sólo al nivel de la explotación económica, se forman siempre que hay dominación, opresión, alienación, y no todas éstas se explican por la explotación económica. Por lo tanto, lo que uno podría plantear es que el socialismo hace la crítica de las contradicciones de clase realmente existentes en una sociedad históricamente dada, para superarlas, sabiendo que la superación de esas contradicciones puede generar otras formas de dominación, que requerirán nuevas luchas de superación. De tal modo, la utopía socialista, más que una aspiración histórica de eliminar las clases, es la de dar siempre a la gente, especialmente a los explotados, oprimidos o alienados, los instrumentos de lucha para superar su explotación, opresión o alienación.

Por lo tanto, lo que aquí queremos señalar es que, allí donde hay lucha contra las distintas formas de opresión, hay principio socialista. Con ello indicamos también que el socialismo posible no es un modelo de sociedad, no es una utopía en el sentido arquitectónico del término, no es una teoría científica que describe un modelo determinado de organización de la economía, del Estado, de las relaciones entre sociedad y Estado o régimen político, etcétera.

El socialismo es un principio de lucha contra las opresiones, las explotaciones, las alienaciones, que la sociedad define en un momento dado y que son factibles de plantear y de superar en un marco político democrático. Ello permite rescatar el ideal socialista como principio de lucha, sin tener que esperar el advenimiento de una utópica sociedad socialista. Con ellos desaparece el evolucionismo socialista, pues no hay “etapa democrática” y una “etapa socialista”: el principio socialista está presente siempre que hay que luchar contra la opresión (ya sea política, económica, social o cultural) Ya no se puede decir por lo tanto que hay un “tránsito a la sociedad socialista”, porque en términos estrictos, no hay “sociedad socialista”. Lo que hay es, si se quiere, un proceso permanente de lucha contra las opresiones, pues una vez que se resuelvan ciertas contradicciones, inevitablemente aparecerán otras ligadas a las nuevas formas sociales emergentes. Por tanto, el socialismo privilegia en cada sociedad a aquella o aquellas categorías sociales que sufren tales opresiones, convirtiéndolas en actores sociales y políticos que luchan por su superación.

El socialismo asume la democracia como régimen político, pero no se confunde con ésta en tanto él no es un régimen político sino que abarca las formas históricas de

convivencia social, es decir, de articulación entre economía, política, cultura y organización social. Uno podría decir que la democracia es un régimen político que permite relanzar permanentemente la luchas contra las distintas opresiones y explotaciones.

De modo que, cuando hablamos de socialismo, no podemos ya pensar en un modelo de sociedad, con sus formas económicas, políticas y culturales ya determinadas. Sino más bien en determinados principios articuladores de convivencia social que en situaciones históricas determinadas cristalizan institucionalmente y permiten desarrollar formas de lucha contra las distintas formas de opresión. Se trata de los principios de igualdad, libertad, fraternidad o solidaridad que articulen la relación entre economía, política y cultura y permitan la superación de las contradicciones más flagrantes que sufre esa sociedad determinada.

Este es el socialismo posible. No una parusía, ni una meta, ni una verdad establecida para todas las sociedades sino un proyecto, una política, un proceso, una tarea histórica, con significados diferentes en cada sociedad o momento de la vida social. Dicho de otra manera, nunca el fin de la historia, sino la historia siempre presente de la gente por superar y mejorar las condiciones sociales heredadas de la existencia humana.

Pensamiento y proyecto socialistas

En lo que sigue, intentamos mostrar que el ideal o proyecto socialista, más allá de las experiencias históricas que quisieron encarnarlo, se basó en dos postulados epistemológicos y tres derivaciones de esos postulados hacia la sociedad histórica concreta, que deben ser revisados a la luz de las transformaciones de cambio de siglo a las que nos hemos referido en otros capítulos.

Los dos postulados son, primero, una visión conflictiva de la sociedad, una sociedad que se ve enfrentada a contradicciones y conflictos. No es ni la visión rousseauiana, ni tampoco la visión cristiana de un Estado como agente del bien común, que está por encima de los conflictos. El socialismo como proyecto nace en un cierto momento de la historia en que se dan determinados conflictos y contradicciones, y es tributario de ello a lo largo de los dos siglos siguientes.

La segunda afirmación epistemológica, previa al análisis de una sociedad concreta, es que la sociedad puede ser cambiada o transformada por la acción humana, especialmente, en cuanto acción colectiva. Es decir, que al mismo tiempo que hay contradicciones, ellas pueden ser superadas por la voluntad humana. Para las visiones más científicas del socialismo, existen ciertas leyes de esos cambios y transformaciones de la sociedad, pero existe también la capacidad humana de actuar sobre la sociedad y esas leyes. Lo que hace al socialismo fundamentalmente moderno, no es su errada pretensión científica, sino la afirmación de la capacidad de un sujeto, cualquiera sea éste, de construir su historia en términos de ciertos principios éticos.

Y hay tres afirmaciones históricas, a las cuales se aplican estos dos postulados, frente a las preguntas ¿De qué se trata el conflicto en concreto de la sociedad moderna?, y ¿Qué es lo que se puede y hay que cambiar?

La primera afirmación es que el objeto de cambio y el campo en el cual se dan las contradicciones y el conflicto, se llama sociedad capitalista. La sociedad capitalista es una conformación donde se corresponden una economía (mercado, salario y propiedad privada), una forma de organización social, (sociedad industrial de clases),

un sistema político que comprende un Estado con un régimen que puede ser autoritario, democrático u otro, y una cultura, es decir, una representación de la sociedad que afirma los valores de la razón, del progreso, de la libertad, pero cristalizados en la propiedad individual, el lucro y la competencia como ejes de la acción en sociedad. Desde ya puede decirse que algunos de estos rasgos no son exclusivos de lo que llamamos sociedad capitalista, sino, a lo más de economías capitalistas. Pero el socialismo, en su origen y posterior evolución, lo que afirma es hay que cambiar esa sociedad capitalista como sistema global, de ahí su contenido revolucionario.

La segunda afirmación es que las contradicciones a superar y el conflicto principal de la sociedad es el que se produce entre las clases sociales, por lo que el sujeto que puede hacer la transformación, es un sujeto particular que se forma en el corazón de la sociedad capitalista: la clase obrera o clase trabajadora.

La tercera afirmación es que el cambio de la sociedad tiene como método privilegiado la revolución. Este puede no ser el único o puede no ser viable y, en ese caso, habrá que crear las condiciones para hacer viable la toma del poder político por parte del sujeto para transformar la sociedad. Que esa toma de poder sea o no violenta, es otra cuestión.

Esta es la visión predominante del socialismo, aunque es evidente que entre el socialismo ortodoxo marxista leninista, la socialdemocracia, las tendencias de tipo socialista-populista, como las de los países latino americanos, hay toda una gama que varía en el énfasis respecto de estos postulados, muchos de los cuales también han sido abandonados por ciertas corrientes socialistas, desde hace ya algún tiempo.

Independientemente del énfasis y de su modo particular de aplicación por las diversas familias que se proclaman socialistas, éste parece ser el núcleo que identifica lo que llamamos históricamente socialismo. Y es ésta visión la que está desafiada por las transformaciones que las sociedades están viviendo, algunas de las cuales ya hemos señalado en este libro.

El sentido del socialismo en el mundo de hoy y del futuro

Hemos dicho que, desde nuestra perspectiva, la principal transformación de las sociedades contemporáneas, en diversos grados y modos según de qué sociedad concreta se trate, es el cambio de tipo societal predominante, la sociedad industrial de Estado nacional, produciéndose una interpenetración o hibridación entre ese tipo y uno nuevo que llamamos post-industrial globalizado. Nos hemos referido en otro capítulo a los ejes y actores principales de cada uno de estos tipos societales y a las características de esta transformación.

La otra transformación principal afecta, ya no sólo la estructura de la sociedad contemporánea, sino su modo de cambio, su diacronía: pasamos de modelos de desarrollo centrados en el Estado voluntarista, movilizador de recursos y en torno a los cuales se enfrentan los diversos actores, a modelos de desarrollo en los que además, juegan un rol protagónico las fuerzas transnacionales del mercado que penetran los espacios territoriales del Estado.

Las consecuencias de estas dos grandes transformaciones es que se debilita, y a veces tiende a desaparecer, la congruencia entre economía, política, cultura y sociedad en un determinado espacio territorial. Por lo tanto, se debilita la idea que la sociedad tiene un centro, con lo que tiende a desvanecerse la idea de polis, porque la idea de polis (comunidad política) es la idea de la sociedad con un centro, en que un

cuerpo ciudadano toma decisiones. En torno a esta idea se construyeron todos los grandes proyectos, los socialistas, los centristas, los derechistas.

El gran problema para el socialismo es, entonces, cómo reconstruir la idea de una sociedad polis y cuál es el proyecto para esto.

Y más que un proyecto global de contenidos específicos, es decir, una serie de medidas que definen el socialismo, como acostumbrábamos a pensar, hemos indicado que se trata, de largos procesos que no tienen un punto fijo de llegada, y en el que podemos discernir, al menos dos ejes. Primero, el triple fortalecimiento, autonomía y complementariedad del Estado, el sistema de representación y los actores de la sociedad civil, por sobre las fuerzas de mercado y los poderes fácticos, en todos los niveles: los micros, los nacionales y los supranacionales. Segundo, lo que Bobbio reclama como la estrella polar en el firmamento de la izquierda: la igualdad, que no es el tema de la equidad, como veremos en otro capítulo. A partir de estos dos ejes pueden elaborarse los proyectos, programas y reformas necesarias en cada sociedad.

La pregunta es: ¿qué actor realiza este proyecto? Y la respuesta ahora es que no hay un solo sujeto o solo un actor excluyente que pueda encarar las tareas de transformación en el sentido indicado en los ámbitos de la organización social, la económica, la cultural y la institucional político-democrática. Si hablamos en el plano socio-económico o cultural no directamente político, habrá que pensar en configuraciones de actores de geometría y composición variable según la problemática de que se trate. Y si hablamos en el plano político tendrán que ser alianzas o coaliciones mayoritarias estables de partidos, tema central hoy en todo América latina. Y estas coaliciones deberán ser entre lo que podríamos llamar el mundo de centro, allí donde exista, y en Europa no existe y por eso los sistemas de partidos son casi bipartidarios, y el mundo de la izquierda.

Así el proyecto de sociedad para el socialismo de hoy y mañana no es un contenido único determinado a priori, sino un acuerdo histórico de una coalición de centro e izquierda, que busca la mayor igualdad social y el fortalecimiento del Estado, el sistema de representación y los actores sociales. Y estos dos criterios son el parámetro para juzgar toda propuesta de política o acción pública, más allá de los criterios técnicos o económicos.

Si este proyecto sólo lo pueden llevar a cabo coaliciones mayoritarias, no es probable, en nuestros países, que el actor que se dice socialista o que se dice de izquierda, sea el único actor gobernante. La izquierda y los socialistas sí podrán ser gobierno, pero en la sociedad que conoce es difícil que lleguen a ser la mayoría.

Entonces, ¿qué aportan la izquierda y el socialismo en esta coalición?

En primer lugar, aportan algo que la política hoy día ha perdido, el sentido: la ética y la épica. La idea que la política y el actuar en la sociedad tienen sentido, que las cosas pueden cambiar, que subjetividad personal y ética social tiene una conexión profunda. Ello es básicamente una convocatoria a las nuevas generaciones.

En segundo lugar, para la idea socialista la igualdad significa una cosa central: además de la eliminación de la miseria y la pobreza, significa distancias mínimas en todas las dimensiones de la vida social, -excepto la diversidad cultural donde las diferencias tienen que ser máximas- entre los de abajo y los de arriba, lo que significa necesariamente redistribución. La dimensión socialista es básicamente la idea de la redistribución de la riqueza, del poder, de la capacidad de pararse frente a la vida, y de todas aquellas cosas que constituyen un sujeto.

En tercer lugar, la izquierda y el socialismo aportan en esta batalla por la igualdad el punto de vista de los de abajo (pobres, débiles, oprimidos, excluidos) y de los sectores culturales creativos que hibridan la memoria histórica con la innovación.

Y por último la izquierda o el socialismo aporta en este horizonte el “tábano” anticapitalista. Es decir, el actor que reivindica los principios socialistas, aporta la crítica anticapitalista, a través de principios éticos y propuestas históricas que van superando sus contradicciones principales.

El aporte del ideal socialista entonces, es en el interior de un actor social diversificado y una coalición política mayoritaria, la ética y la épica o el sentido, la lucha por la igualdad y la perspectiva de los sectores sociales postergados, así como la permanente crítica anticapitalista.

Esto permite formarse un juicio respecto de las nuevas posiciones o propuestas para la izquierda que provienen de las sociedades más desarrolladas y que han cristalizado en lo que se llama la “ tercera vía”, aún cuando últimamente se tiende a dejar de lado esta denominación para reemplazarla por la idea de insertarse en la modernidad globalizada. La idea de una tercera vía alude a la distancia tanto respecto del neo-liberalismo como de la socialdemocracia. Hay aquí un triple retroceso de otras denominaciones iguales de tercera vía que aludían a caminos diferentes dentro del socialismo o la izquierda. Segundo, la crítica individualista y anti-estatal a la socialdemocracia olvidando que ésta es una de las grandes contribuciones de la izquierda a la historia de la humanidad. Tercero, la reducción de la perspectiva de izquierda a un proyecto de ajuste o acomodación, realidades ciertas, pero que se presentan como inmutables y no como espacios de lucha y cambio.

Por lo demás, cuando se habla de vías, se postula una visión de sociedad a la que se aspira y aquí no está claro qué tipo de sociedad se busca. Por último, el posible acierto publicitario de tercera vía, no encuentra expresión clara ni en actores sociales ni en políticas concretas que oponer al neo-liberalismo o que puedan superar las políticas socialdemócratas. Sin duda que ella puede definir un espacio de convergencia o de alianza entre muchos sectores ideológico-político tanto en un país como en un contexto regional supranacional o a nivel mundial, puede ser incluso la mejor o única alianza viable a oponer a los grandes poderes fácticos nacionales y transnacionales, pero obviamente no agota ni con mucho, ni puede identificarse con un proyecto de izquierda. Más bien, queda pendiente el problema de cómo en el seno de esta tercera vía, puede desarrollarse la perspectiva socialista o el proyecto propio y específico de izquierda con los componentes que hemos indicado.

